



CONFESIONES
DE UN PIANISTA



JUSTO

SIERRA



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CONFESIONES DE UN PIANISTA

JUSTO SIERRA

Christian Sperling

Presentación

Karla Ximena Salinas Gallegos

Edición y notas

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Justo Sierra, *Confesiones de un pianista*
Primera edición digital: 29 de agosto de 2023
D.R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Círculo Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Presentación. En la encrucijada de la modernidad | |
| <i>Christian Sperling</i> | 5 |
| <i>Confesiones de un pianista</i> | |
| I. Seguía Eduardo muy grave | 21 |
| II. Probablemente esto es lo único | 31 |
| III. Tengo el convencimiento de que | 41 |
| IV. Estaba muy débil | 55 |
| V. Querido Antonio | 67 |
| VI. Una larga y dolorosa calma | 81 |
| VII. Tengo horas alegres | 91 |
| VIII. La marea sube, sube | 103 |
| IX. Como una lámpara que antes de extinguirse | 111 |
| Noticia del texto | 123 |
| Justo Sierra. Trazo biográfico | 125 |

PRESENTACIÓN

En la encrucijada de la modernidad
Christian Sperling

Ya ampliamente reconocido entre los integrantes de los círculos literarios capitalinos y recién egresado como abogado del Colegio de San Ildefonso, el joven Justo Sierra Méndez (Campeche, 1848-Madrid, 1912) cuenta para inicios de la década de 1870 con una considerable producción de prosa narrativa. El discípulo de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) crea entonces el conjunto de relatos que dos décadas después se reeditarán como *Cuentos románticos* (1896). Este volumen contiene la novela corta aquí prologada: *Confesiones de un pianista*. En la nota editorial de los *Cuentos románticos*, el autor se distancia claramente de sus creaciones, que en aquel fin de siglo se le antojan “poemillas en prosa”, incluso “pecados juveniles”, los cuales acusan un “lirismo sentimental y delirante”. Estos juicios severos anticipan muchas apreciaciones críticas, que no siempre logran valorar la importante labor fundacio-

nal que significan aquellos relatos tempranos para la narrativa mexicana.¹ Subrayando dicha distancia, la nota editorial de los *Cuentos románticos* informa a su destinatario, el editor Raúl Mille: “Por empeño de usted, no mío, publico esta colección de cuentos que bien habría podido intitular románticamente *Amor y muerte*. Exceptuando dos o tres, están escritos de 1868 a 1873, entre mis veinte y mis veinticinco años, los reproduzco sin alteraciones substanciales”. Cabe recordar que el Justo Sierra que en estas líneas designa dos ejes temáticos dominantes de su narrativa es un personaje cuyas responsabilidades en la República de las Letras lo han transformado en “tribuno letrado”,² un pensador central en la vida intelectual y pública del Porfiriato, donde destaca omnipresente como maestro, historiador, político, orador, periodista y literato; en otras palabras, como actor político clave en la construcción de la modernidad y del Estado mexicano a finales del siglo XIX. Desde este horizonte posterior, sus indiscutibles logros en el campo de la creación literaria apenas

contribuyen con una faceta inicial a la trayectoria extraordinaria del Maestro de América.

La novela corta *Confesiones de un pianista* llegó a manos de sus lectores en nueve entregas, publicadas en el periódico *El Domingo* entre diciembre de 1872 y febrero de 1873. Esta condición folletinesca se hace patente en un desarrollo narrativo más dilatado y una clausura parcial de la trama en cada uno de los nueve episodios que integran el relato. Al mismo tiempo —y en eso consiste la decisiva aportación a la primera consolidación de la novela corta como género en México—, *Confesiones de un pianista* apunta hacia un aspecto formal emblemático de esta forma literaria tal como la cultivarán autores como Federico Gamboa, Amado Nervo, Efrén Rebolledo o Ciro B. Ceballos a finales del siglo XIX, cuando el género alcanza una primera cristalización nítida. Me refiero a la condensación del relato, es decir, una rigurosa economía narrativa que, para generar unidad de impresión, dispone todos los recursos —espacio, tiempo, símbolos, perspectivas, giros, personajes secundarios, etcétera— con el objetivo de narrar la trayectoria vital de un solo protagonista. Desde luego, dicho ideal estético aún es difícil de alcanzar en *Confesiones de un pianista*, un texto pionero cuya estructura episódica exige la construcción de un cierre en cada entrega.

¹ Cf. Blanca Estela Treviño, “Introducción”, Justo Sierra, *Confesiones de un pianista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, p. XI.

² Cf. Leonardo Martínez Carrizales, *Tribunos letrados: aproximaciones al orden de la cultura letrada en el México del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2017.

También ideológica y temáticamente, *Confesiones de un pianista* puede considerarse una anomalía para su tiempo, porque apunta hacia una nueva fase del desarrollo histórico de la narrativa mexicana. Frente al discurso literario de una época en que narrar es sinónimo de forjar una nación (proyecto patente en la mayoría de los relatos de Ignacio Manuel Altamirano), *Confesiones de un pianista* apuesta por incursionar en la interioridad de un sujeto irritable que acusa una sensibilidad artística descomunal, rayana en lo patológico. Estos aspectos, igualmente cultivados por los narradores de finales del siglo, Sierra los desarrolla entrelazando la novela de formación y la novela de artista. Las entradas en el diario y las epístolas de *Confesiones de un pianista* generan un tono íntimo y confesional que da sentido al proceso formativo del protagonista, quien se integra a la sociedad capitalina y cuyas particularidades le permiten alcanzar su madurez psicológica y moral. Al mismo tiempo, el conflicto con la sociedad y la consecuente crisis personal, que culmina en el perfeccionamiento del artista, ponen en perspectiva también la concepción del arte que encarna el mismo personaje: un romanticismo sentimental que, cultivado en la urbe, franquea el umbral hacia otro horizonte, donde se pierden los asideros metafísicos que le otorgaran certeza.

“Yo nací irónico; desgraciadamente, también nací poeta”, confiesa Antonio, el protagonista de la novela corta, en su diario. El ideario del pianista y compositor alberga inicialmente toda una filosofía romántica del arte. Destacan, por un lado, la efusividad sentimental y el entusiasmo con los cuales el yo experimenta por medio del arte las correspondencias entre su interioridad y la naturaleza, a su vez emanación de lo divino, origen de todo lo bueno y bello. Dichos impulsos espontáneos del artista conducen a la experiencia de lo sublime e incluso de lo sagrado. Por otro lado, la perspectiva irónica lleva a dicho yo a contemplar la incongruencia entre sí mismo y el mundo, entre su ideal y lo real, de modo que logra reconocer las restricciones que una sociedad prosaica y pragmática impone a una sensibilidad romántica. Estos elementos configuran un relato híbrido: *Confesiones de un pianista* describe una sensibilidad que oscila entre el afán por salvaguardar la autenticidad expresiva y el de alcanzar la profesionalización del artista, entre la búsqueda de la interioridad y la lucha por el reconocimiento del público capitalino. Como muestra, al arrebatado y éxtasis que causan la música y la escultura en el narrador en los primeros episodios, se oponen las convenciones y concesiones que limitan al artista: “¡Qué diablo!, tocaré lo que me pongan a la vista, como si el piano no fuera mi esclavo; sumiso y

obediente, gime o ríe a mi antojo; también yo soy rey: tengo mi pueblo de teclas de marfil”. Vistos así, la música y el piano consignan el medio de expresión de un alma romántica, al tiempo que constituyen el instrumento que satisface la demanda de diversión. El artista frente al mercado: una oposición característica de la producción literaria de fines de siglo.

Emblema de este proceso formativo del músico es el *Quinto nocturno* de Ignace Xavier Joseph Leybach (1817-1891), compositor francés célebre en la cultura del salón decimonónica. Dicha pieza musical es un símbolo que aparece en todos los giros relevantes para la evolución psicológica y moral del protagonista. Inicialmente, sirve para externar el dolor frente a la agonía de su amigo, al tiempo que es la prueba de un talento extraordinario que le franquea el camino hacia una formación musical en la Ciudad de México. El nocturno también relaciona al pianista con su origen, su patria chica y su familia, debido a que Antonio promete tocar la pieza únicamente a petición de su madre adoptiva. Posteriormente, su promesa genera tensiones con las élites capitalinas: aunque el pianista se resiste a conceder el favor de entonar la pieza como prueba de su amor por Emilia, la presión social lo obliga a ejecutar el nocturno. Consumada esta profanación de su origen, se entera de la inminente muerte de su madre adoptiva.

Finalmente, el nocturno reaparece de modo ominoso cuando, al tocar el piano o escenificar su primera ópera, la latente presencia de la melodía de Leybach le resta originalidad a sus creaciones, deficiencia denunciada por sus críticos.

Junto con este desarrollo vinculado con el nocturno como símbolo clave, *Confesiones de un pianista* permite observar otras transiciones, que culminan en el contraste espacial del desenlace, donde se alternan escenas del triunfo de la ópera compuesta por Antonio y de la agonía de la monja Luisa, enferma de tifo. Luisa, compañera de niñez del pianista, su primera amada y luego prometida, es el personaje a quien Antonio olvida en su camino hacia el éxito. En el contrapunteo final entre dos espacios culminan —sin mediación posible— los extremos no coincidentes que están en juego a lo largo de toda la obra, que transita del campo a la urbe y opone tradición y modernidad, espiritualidad y materialismo, deber y deseo. Estas transiciones generan una apertura de sentido inusitada para una novela corta de aquellas fechas, apertura que apunta hacia relatos que se publicarán hacia finales del siglo.

El personaje, quizá al igual que Sierra, parte de su patria chica con grandes ilusiones sobre el esplendor y las oportunidades en la gran ciudad: Antonio se distancia de su origen mientras idealiza la vida en el Valle de

México. A esta actitud inicial sigue el irónico regocijo cuando observa la sociedad capitalina como espectáculo farsante; paradójicamente, se identifica con ella, a la vez que la desprecia: “En esa ciudad, por regla general, cuando una persona no es hipócrita, es desvergonzada. Es una sociedad que en sus horas de fastidio piensa en el modo de prostituirse, y en sus horas de placer pone en práctica sus reflexiones, lo que es muy divertido”. De esta forma, el avanzar de la trama puede comprenderse como un gesto que implica un continuo distanciamiento, parecido a lo que subraya el mismo autor en la nota editorial citada al principio de esta presentación. Aquí cabe mencionar que, con el objetivo de dibujar la subjetividad de sus personajes, *Confesiones de un pianista* reproduce, en varios episodios, poemas que el mismo Sierra publica de forma independiente en *El Domingo*. Estos versos, dirigidos a la mujer adorada, exaltan los temas románticos de amor y muerte. En este caso, asistimos a otro gesto de distanciamiento cuando uno de los personajes desestima uno de los poemas de Sierra en los siguientes términos: “cuando se hacen versos semejantes no se inspira compasión, sino desprecio”. ¿Acaso es otro guiño irónico para los lectores de la revista donde se publicaron tanto los poemas como la novela corta? ¿Pretende Sierra llevar a sus límites el sentimentalismo romántico?

Confesiones de un pianista: una novela corta híbrida, a caballo entre el romanticismo y el modernismo, posición que no siempre se establece claramente. Algunos juicios vertidos por editores y críticos ubican los *Cuentos románticos* en el posromanticismo (Francisco Monterde) o declaran que los cuentos anuncian la prosa de José Martí o Manuel Gutiérrez Nájera (Luis Leal), que prefiguran a los modernistas (Emmanuel Carballo), que tienen aspectos de novelitas psicológicas (Castro Leal),³ o incluso que inauguran el modernismo.⁴ Con todo, y sin ánimo de dar una respuesta unívoca, cabe traer a colación una vez más las distancias que sondea Sierra en esta obra: es su protagonista quien padece la adaptación al mundo real, alejándose de su origen connotado como natural, auténtico y sagrado, al tiempo que pasa revista a una filosofía romántica del arte que resulta anacrónica e inadecuada para satisfacer la demanda de un público frívolo, ávido de entretenimiento. El personaje paga su triunfo con pérdidas y nostalgia. Al mismo tiempo,

³ Citados en Blanca Estela Treviño, “Introducción”, Justo Sierra, *Confesiones de un pianista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, p. XI.

⁴ Raymundo Ramos, “Prólogo”, Justo Sierra, *Cuentos románticos*, México, Factoría Ediciones, 2004, p. IX.

hay un nivel reflexivo en el cual el mismo Justo Sierra traza una línea divisoria con respecto a sus propios poemas romántico-sentimentales, enunciados y criticados por boca de sus personajes.

No obstante, cuando terminan las confesiones de Antonio en su diario y sus epístolas, y continúa el relato en voz de un narrador omnisciente, éste no logra diferenciarse del protagonista con un registro narrativo distinto. En otras palabras, continúa el narrador en un tono igualmente sentimental y efusivo, pero sin la ironía que prevalecía antes, de modo que el relato se mantiene dentro de las pautas del romanticismo y no logra alcanzar el horizonte de la modernidad, al que parece apuntar con la evolución del pianista y la reflexión sobre el arte romántico.

Después de destacar los logros de *Confesiones de un pianista*, Raymundo Ramos justiprecia los últimos episodios de la novela corta: “el desenlace es un resumidero de lugares comunes de una poesía que se empeña en ser prosa”.⁵ Creo que es necesario matizar este juicio considerando el contrapunteo del destino de ambos personajes: en un espacio, Luisa, mujer que simboliza el origen, la fe, la inocencia y la autenticidad, y que su-

cumbe al tifo en el hospital; en el otro, Antonio, quien conquista el mundo capitalino con una ópera que tiene éxito comercial entre los integrantes de una sociedad a la cual detesta. Esta oposición de espacios y personajes simbólicos es elocuente de la comprensión de la modernidad que pudo haber tenido Justo Sierra desde su horizonte, a finales de 1872, dos décadas antes de la efervescencia de la estética y novela corta modernistas, mismas que encuentran otras estrategias para representar las oposiciones que están ya en juego en *Confesiones de un pianista*. Al mismo tiempo, el desenlace contrapunteado es otra muestra de nuevas posibilidades que conducirán, a finales del siglo, a dos ideales en la novela corta: la condensación y la brevedad.

⁵ Raymundo Ramos, “Prólogo”, ed. cit., p. XXIII.

CONFESIONES
DE UN PIANISTA

A Margarita G. de Altamirano¹
Homenaje y recuerdo

¹ Margarita Pérez Gavilán (1842-1918), esposa de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), quien fuera maestro de Sierra y le abriera paso en el mundo de las letras con su presentación en las Veladas Literarias (1867-1868), organizadas por el mismo Altamirano. Ahí se reunían reconocidos escritores de la época para presentar sus obras y hablar de literatura.

Seguía Eduardo muy grave; la tisis, bastante frecuente entre los jóvenes de la costa, iba consumiendo aquel cuerpo casi diáfano ya, y los médicos habían dicho a la familia que era preciso disponerlo.

Los incidentes todos de aquel día están grabados en mi memoria.

Yo no había abandonado el lecho de mi amigo, de mi hermano, durante los días penosos del mal; todos sus parientes me trataban con gran cariño, y siempre que el padre de Eduardo venía a la ciudad, de vuelta de su hacienda, tenía palabras afectuosas y alentadoras para mí. Me veían como un hijo de la casa.

Mi pobrecita tía Victoria estaba orgullosa con las atenciones que me prodigaban aquellos ricos; y yo, que no tenía otra madre que ella, procuraba atraerme la distinción de las personas honradas, porque así proporcionaba algunos momentos de placer a aquella criatura angelical, que había sido mi providencia sobre la tierra.

Mi tía Victoria me había recogido del lado de dos ataúdes en el cólera del 55. Tenía yo entonces diez años,

y no comprendí la pérdida de mis padres; pero los sentí tanto, que una fiebre me llevó a orillas de la tumba. Antes de aquella enfermedad me creían un poco idiota; pero, según contaban, desde mi convalecencia mi razón se encontró libre de las trabas que la naturaleza tardía había olvidado en la cuna de mi alma. Crecí en el trabajo y las privaciones (mi nueva madre vivía de un montepío militar); en cinco años me hallé en disposición de ayudar a mi ángel bueno, y no podré olvidar nunca la indefinible emoción que experimenté la noche que por vez primera (hora bendita de mi juventud) puse en aquellas manos, ya arrugadas, pero blancas aún y finas, el producto de mis primeras lecciones de música.

Luisa y mi tía estaban cosiendo junto a la mesa del comedor. La lámpara con su velador, en que yo había pintado unas flores; el sillón de cuero, con clavos de cobre, en que mi tío el coronel, gravemente herido en Veracruz por los yanquis, había expirado; la cabeza pálida y delicada de Luisa, levemente inclinada sobre su labor (Luisa era la única hija de mi buena tía); los ojos de aquella santa anciana fijándose en mí con una expresión de indecible ternura, mientras los de su hija buscaban tímidamente los míos. Todo aquel cuadro, el san Antonio colgado en la pared, el trozo de hielo envuelto en un paño de lana, para enfriar mi agua durante la cena, y el pobre Azor, flaco, amarillo y raquítico, ju-

gando por entre mis piernas, todo lo recuerdo. Besé a mi tía en la frente, le di la onza americana y me puse de rodillas. Aquello significaba para mí la aceptación de un deber sagrado; significaba para ella el momento en que el pobre huérfano desvalido se hacía hombre, se encontraba armado para entrar en la lucha del mundo, y su ofrecimiento a mi pobrecita madre agonizante había sido cumplido. Sentí sus manos trémulas apoyarse en mi tempestuosa cabellera, y le oí murmurar una bendición entrecortada por las lágrimas. Soñé esa noche con el espíritu de mi madre.

Pocos días después, las dos tumbas tenían una pequeña losa de piedra con los nombres de mis padres, muy limpia y muy bonita. Nos llevó a verla mi tía, después de una misa que se dijo en la capilla del Cristo por aquellos dos muertos tan queridos.

Dispuesto Eduardo a recibir el viático, todos sus compañeros de colegio quisimos hallarnos presentes en la solemne ceremonia. La noche (estábamos en octubre) era lluviosa y fría. Una claridad pálida, monótona, igual, iluminaba débilmente las nubes que ocultaban a nuestros ojos el disco de la luna, antorcha pura del cielo de los hombres. Un sordo rumor que venía del negro horizonte denunciaba la agitación del mar. De vez en cuando, el silbido del viento, entrando por los quicios, o el desgarramiento de las nubes en grandes jirones de

un gris cetrino, indicaba el paso del águila feroz del nordeste, como decía la Reim-Kennar de Walter Scott, llamando a los vientos boreales.

En la sala de la habitación estaba reunido un crecido número de personas; la puerta del cuarto del enfermo estaba abierta de par en par, y las velas de cera del pequeño altar erigido junto al lecho acababan de encenderse. El pobre Eduardo tenía una decidida afición por las flores y, como desahuciado, era preciso darle gusto; un diluvio de rosas y de lirios de la costa, rodeadas de sus espinas las unas, y balanceando los otros sus largos pétalos morados, inundaban la casa de intenso y delicioso perfume. La Naturaleza, para Eduardo, como para todos los corazones delicados, era una vaga pero infinita personalidad, que vivía en nosotros y con nosotros, revelándonos su alma imperecedera en la aurora de los sueños de la juventud, en el medio día del pensamiento viril, en la plegaria serena de la vejez, esa tarde primaveral de la existencia humana. La sentía, la comprendía a veces, la admiraba siempre, y quería asociarla al momento supremo de su muerte, por medio de las flores y los perfumes, como si supiera que las lágrimas de los hombres, que entristecen el instante de la partida final, estarían compensadas por la serenidad adorable de aquellos otros seres, a quienes iría a dar nuevo vigor su cuerpo, resolviéndose en los elementos de la vida

inagotable de la Naturaleza, para la que no tiene significado la palabra muerte.

Entre las fisonomías hondamente preocupadas de los asistentes, en pie sobre un elegantísimo zócalo sonreía la estatua de Ceres, ejemplar del Renacimiento, traída de Europa por el padre de Eduardo; trozo de nieve de Carrara, espiritualizado por el buril del genio, blanco como si se hubiera petrificado en la cantera de que fue arrancada la savia de leche de las azucenas, palpitante de vida hasta en su más débil relieve, fresco como una corola recién abierta, y casto y virginal como solamente lo es en la tierra el mármol, en el que pueden vivir unidos la materia y el ideal.

Ceres, la divinidad vencida por el sentimiento, la diosa pagana vencida por Jesucristo, de entre los frutos que hacía nacer de los campos, había escogido una rama de espinas para coronar la frente del que hacía nacer del corazón el fruto bendito de las lágrimas; de entre los árboles con que cubrían los montes, había escogido uno para servir de patíbulo al que hacía de la pobreza una hija predilecta del cielo, y desde entonces las espinas habían cubierto sus altares abandonados, la flauta de Pan no resonaba ya en las selvas y, sobre su pedestal en ruinas, se levantaba, enclavada sobre un madero de los montes amados de la diosa, la figura de un agonizante que abría sus brazos sobre la pálida frente de Eduardo,

como para enseñarle a soportar el dolor y a levantar el alma a Dios.

Yo estaba conmovido. Una extraña sobreexcitación dominaba mi sistema nervioso; el murmullo de las preces que recitaban junto al lecho del enfermo, Luisa, mi tía, y otras personas arrodilladas, y el eco sordo de la respiración calenturienta de Eduardo, el perfume de las flores y el olor peculiar de la habitación de un tísico, todo esto hería mis sentidos y provocaba en mí sensaciones que no podía analizar.

Cuando se presentó en la puerta el sacerdote con su pequeña capa blanca, recamada de flores de oro, rodeado de luces y de personas prosternadas, sentí no sé qué impresión para mí desconocida. El brillante marfil del piano me fascinaba, me parecía una faja luminosa en la que se movían siluetas fantásticas, creaciones sin duda de mi cerebro exaltado. Mi boca estaba seca y mis manos heladas.

No pude resistir. Dejeme caer sobre el taburete de pajilla, y preludí maquinalmente el *Quinto nocturno* de Leybach. Cerré los ojos, porque en el teclado, como si se reflejaran en un espejo, me parecía ver un enjambre de sombras, moviéndose a compás en derredor de mi cabeza. En el fondo de mi inteligencia se despertaba una vaga intuición de mi estado anormal y, sin darme cuenta de él precisamente, sentía una especie de terror de volverme loco.

Nadie percibía sin duda lo que por mí pasaba; sólo Luisa, cuya plegaria se oía cada vez más trémula y afanosa. No sé qué hubiera sido de mí si en aquel instante una voz solemne y pausada, llena de dulzura y de unción, no se hubiera levantado en la pieza del enfermo. Decía el sacerdote:

—*Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum...*

Todas las rodillas estaban en tierra; las frentes profundamente doblegadas; intensamente pálido y como dormido el enfermo, cobijado por la ternura suprema de la mirada de su padre; hasta las flores y las luces se inclinaban al suelo.

El sacerdote, descollando como un árbol secular entre las espigas dobladas por el viento, levantándose por sobre los fieles con toda la altura de su misión sublime, erguida y serena la pensativa frente despojada de cabellos que en largos rizos blancos tocaban casi sus espaldas; triste ante aquella planta que se iba a secar en la hora más radiosa de la vida, llevando en los ojos humedecidos por las lágrimas como el reflejo sobrenatural de la fe en un mundo mejor, lo cual timbraba su voz con una entonación de infinita dulzura y majestad cuando pronunciaba la fórmula eucarística; aquella figura en torno de la cual la luz que baja del cielo al hombre, que se llama la fe, y la luz que sube del hombre al cielo, que se llama la ancianidad, se confundían

en una aureola mística de consuelo y de paz, derramó un bálsamo en mi espíritu agitado.

Si llegara a apagarse en el hogar de la humanidad el sentimiento religioso, su último resplandor estaría alimentado por el recuerdo de esta augusta ceremonia, que convierte en templo y en altar la cámara y el lecho de un moribundo; que para alumbrar la ruta del alma en la entrada de la eternidad, enciende ante ella la antorcha de la oración cristiana y, lo que ninguna religión ha hecho, en la peregrinación inmensa de ultratumba, pone al lado del viajero al dueño mismo de los destinos humanos, que tiende su mano desde lo desconocido para ayudarnos a bajar las gradas sombrías del sepulcro.

Volvió la serenidad a mi ánimo, corrían mis lágrimas silenciosas y, como si aquel cuadro hubiera sido para mí una revelación, obligué al piano a interpretar mis emociones. Sus notas cantaron la plegaria de esperanza y de fe que partía alada de mi corazón hacia el Ser que ampara y consuela. Cuando volví de mi éxtasis, todos me rodeaban sorprendidos; el viejo sacerdote puso su mano sobre mi cabeza y murmuró una frase de bendición; mi buena tía estaba radiante de placer; Eduardo sonreía dulcemente, y Luisa lloraba sola y callada en un rincón de la sala.

—Antonio —me dijo el padre de Eduardo—, la semana que entra saldrás para México a acabar tu educación musical.

Una o dos horas habían pasado. Hervía en el fondo de mi cerebro la lava de mis pensamientos encontrados. Sentía yo en mi interior la ebullición de un océano más tempestuoso y agitado que el que tenía delante de mis ojos.

—México —murmuraba yo—, México.

Soñar mucho, crear un paraíso en sueños para el alma y oír de repente una voz que dice a nuestro oído: “Ésa es la realidad”; ver girar la puerta de un castillo encantado sobre sus misteriosos quiciales y sentir una mano que nos empuja hacia adentro... Eran estas impresiones demasiado fuertes para mí en tan corto tiempo. Así es que con la mirada delirante contemplaba, apoyado en la barandilla del mirador, el cielo y el mar.

El viento había caído; las nubes, aglomeradas en el horizonte, confundían el cielo y el agua en una ancha raya negra, débilmente franjada de oro por la luna; debajo, el mar en espantoso hervor, envuelto en una sábana inmensa de lívida espuma; encima, un cielo de ópalo, terso y bruñido, en su centro la luna, rodeando apenas su hemisferio oscuro con un arco finísimo de plata oxidada. Arrastrábase la niebla en grandes jirones por sobre la superficie de las olas, velando los buques que habían escapado del temporal y los astros que aparecían como gotas de agua cristalizada en los cielos.

México, México, pasiones en guerra, inteligencias en combate, el placer y el sufrimiento disputándose el trono, el oro al lado de la llaga, la sombra y la luz repitiendo la lucha de Jacob y el ángel: la antítesis, es decir, la poesía, y, sobre aquel torbellino de hombres y de acontecimientos, la deificación de la mujer, bella, ardiente y luminosa...

¡Pobre Luisa!

II

Probablemente esto es lo único que puede llamarse sobre la tierra “ser feliz”.

He logrado hacer venir a México a los dos seres que han sido los ángeles de mi juventud, y vivimos muy contentos. Luisa me dice que esto le da miedo. Yo no tengo miedo de nada. Trabajo mucho y gano una vida bastante cómoda. Dos o tres polcas mías han hecho furor. Un día de estos haré una ópera y de seguro obtendré un éxito sorprendente. Tengo sobre mi mesa un proyecto de variaciones al “Miserere” de *El trovador*. Todo el día hablo de notas y compases. Tomo el tren por la noche y me vengo a descansar a este mi cuartito, con su jardín debajo de la ventana y un bonito surtidor en medio del jardín.

Una vez me puse a traducir en música la charla perlada de la fuente; imposible...

¡Qué risa me dan los que hablan de embellecer a la Naturaleza! Éstos la habrán visto; pero de seguro no la han sentido. Ella lo tiene todo; examínadla con el microscopio, y la descompondréis en átomos; admi-

radla con el anteojo de Cambridge —un microscopio del cielo—, y la descompondréis en mundos. Y seréis bien desgraciados si no percibís la rima del mundo y el átomo en el gran poema de la creación. Compond un millar de volúmenes de estética, y no formaréis un poeta; dejad flotar una ola ante los ojos de un soñador, y tendréis a Lord Byron. ¡Embellecer a la Naturaleza!... ¡Blasfemos!, vosotros la veis como los miopes sin duda... Esos rasgos del genio humano que os parecen embellecimientos no son sino revelaciones, sino reflejos de su hermosura suprema débilmente traducidos en el lenguaje humano; son los fulgores de la inteligencia iluminando para los hombres el umbral de los sagrados misterios. Queréis saber cómo el papel del poeta es esencialmente revelador al lado de la Naturaleza; cómo ella es el dios, y él el sacerdote: leed el “Niágara” de Heredia, quiero creer que sois susceptibles de profundo entusiasmo, acercaos luego a la caída portentosa... el libro resbalará de vuestras manos... y, vosotros solos, haréis con los ecos de aquel rumor gigantesco vuestra propia poesía... Esa vez habréis sentido, habréis entrevisto a la madre de todo lo bello y de todo lo bueno, y los versos del poeta, como las palabras mágicas con que se evoca un ser superior, habrán hecho vivir a vuestros ojos esa maravilla que ha hecho de su murmurio un trueno y de su aliento una tempestad.

La culpa de esta disertación la tiene este inepto de Carlos, que cree mejores los ojos de la Virgen del Coro que preside a los canónigos en la Catedral, que los ojos de Emilia, mi futura discípula, una virgen blonda; sin notar siquiera que aquélla es obra de Murillo, y ésta es obra de Dios.

¡Emilia! De seguro que alguno de estos locos petimetres creería que estoy enamorado de ella. ¡Bah!, no; la admiro, como todo lo que es bello, como todo lo que es bueno. La amo tal vez; pero con el mismo amor con que amo la *Pastoral* de Beethoven, la romanza del *salice* en *Otello*, o esas divinas armonías de *Freischütz*, en que la romántica fantasía de Weber parece haber traducido en notas los ritmos solemnes de las selvas y las voces misteriosas de los espíritus elementales de la naturaleza; mejor dicho, la amo como al azul de tus mañanas primaverales, ¡oh, tierra bendita de la luz!, ¡oh, México, la Nápoles de las montañas! O como el recuerdo de mi mar, de mi amigo de la infancia, tan grande y tan bueno; no, no, no la amo así... En fin, no sé explicar este sentimiento, mas no es como el amor que tengo a Luisa, que pronto será mi esposa.

Esta noche tocaré algo en el concierto a donde me llevará Carlos; se celebra el santo de la mamá de Emilia; se bailará un poco. Carlos dice que quizá salga yo de allí maestro de piano de Emilia. Necesito hacerlo

muy bien para que no sea para ello un inconveniente mi juventud. Carlos manifiesta muchísimo empeño, y de seguro lo conseguirá... ¿Qué pieza tocaré? No, el nocturno de Leybach es sagrado; he prometido a mi madre Victoria no tocarlo sino cuando ella me lo pida. ¡Qué diablo!, tocaré lo que me pongan a la vista, como si el piano no fuera mi esclavo; sumiso y obediente, gime o ríe a mi antojo; también yo soy rey: tengo mi pueblo de teclas de marfil.

A las siete de la mañana

Estoy felizmente instalado de nuevo en mi escritorio después de una noche de agitación y de insomnio. La pobre Luisa me esperaba desde muy temprano en el jardín, y he creído sorprender la sombra de un sufrimiento cruzar por el fondo puro y limpio de sus pupilas.

La verdad es que no había yo pasado una noche fuera de casa desde que ellas vinieron a México. Mi excelente tía me esperaba también para abrazarme, segura de que había yo obtenido espléndidos triunfos. Será preciso quizá volverla a enviar a la costa, porque me parece cada día más delgada, y esa tos persistente y hueca... pero está contenta. Todo ello sin duda ha de ser nervioso; este México me da idea de uno de esos aparatos electro-

magnéticos del doctor Duchenne, con cuyas corrientes estamos en perpetua aunque invisible comunicación, y que mantienen el sistema nervioso en un grado de excitación extraordinaria, a juzgar por lo que con ellos he sentido. De esto han de provenir los males de mi buena madre.

¡Qué placer le ha dado la noticia de que la mamá de Emilia me ha invitado a dar lecciones a su hija! ¡Y a mí! Si no me conociera bien, diría que estaba enamorado de mi discípula. Carlos también muestra una gran satisfacción. Simpático muchacho, con razón le quiero tanto; parecía que él era el que había recibido el encargo y no yo. Sólo Luisa... vaya, es inútil, es tontería que quiera hacer la mártir silenciosa; al cabo, aun cuando llegara yo a no quererla, me casaría con ella porque se lo he prometido.

Durmamos un poco.

Evidentemente algo de muy raro está pasando por mí. No puedo dormir y no siento, con todo, malestar alguno. De repente una deliciosa fruición recorre mi cuerpo, como una serpiente eléctrica... El recuerdo de anoche vivirá en mi memoria largo tiempo.

¡Emilia! Bello nombre a fe; yo creo que así llamaría a mi primera hija; parece un nombre modulado por la brisa en un arpa eólica.

¡Emilia! ¡Qué bella es! Creo que es alta y delgada; no lo sé a punto fijo: tan admirable armonía reina en toda ella. Si no es alta, peor para las altas; y si no es delgada, lo siento por las gordas.

¡Qué linda es, qué linda! Con su gran traje de seda blanca y su sobreveste de gasa color de paja, aquí y allí recogido con rojos botones de esas flores fantásticas, inventadas por la moda. Cómo brillaba la cinta de oro que besaba su redondo cuello de criolla; pero no como su opulenta cabellera, blonda, ondulosa, espesa, suave; una de esas cabelleras en que quisiera uno anegar las manos ardorosas en las horas de pasión, y desordenar con nuestros besos en los minutos de fiebre.

Si yo fuera de esos que saben percibir en la húmeda sombra de las pupilas la misteriosa irradiación de un alma; si yo supiera retratar como el Tiziano, y amar como Rafael, y... viera a Emilia erguir delante de mí su figura de arcángel; yo con todos los laureles del genio sobre la frente, ella con la diadema de su belleza y de sus quince años, rompería yo mis pinceles, me arrodillaría ante ella, y...

No se puede negar que si leyese estas mis intimidades mi amigos reirían, persistiendo en la tonta creencia de que estoy enamorado de esa muchacha; pero no... esto no es el amor... El amor es una cosa tranquila y serena, es lo que yo siento por Luisa... Mientras que

ahora estoy agitado, tengo la frente calenturienta; quisiera tener un pretexto para llorar...

Esto debe ser lo que yo llamaba en mi infancia México; ese México entrevisto hasta ahora, hasta hoy vagando en un paraíso encantado en el confín de mi desierto. México quería decir para mí un mundo de luz, de pasión, de ensueños: ese mundo lo veo hoy concentrarse entero en una mujer. Seamos reflexivos: quién sabe cuántos sufrimientos ignorados, cuántas penas, sin nombre aún para mí, toman silenciosamente un puesto en la emboscada de mi vida... Sufrir, amar, éste es el destino de las grandes almas... yo quiero sufrir, Dios mío, Dios mío, yo... Iba a decir "quiero amar"; pero no, ¡oh!, no lo diría nunca, aun cuando lo sintiera.

Muchos días han pasado sin que yo recordara para nada la cartera en que apunto mis impresiones.

Después de todo, quién se había de figurar que Carlos estuviera enamorado de esa muchachita amiga de Emilia, tan coqueta y tan fea... Creo que Carlos perseguía en esos amores el fantasma de un millón. Y alguna fechoría intentaba cuando, dos o tres días después de llegado de Europa el padre de Emilia, ha habido escenas en que ésta ha llorado mucho, y después de eso Carlos no ha vuelto a la casa. ¡Qué injusticia el suponer

a Emilia cómplice de la pollita del polvo de arroz en los amoríos de mi amigo!

Carlos y Emilia me han explicado, bajo las mayores reservas, por supuesto, esta triste ocurrencia. Emilia es ya una pianista consumada; ¡y qué voz, por el cielo!, ¡qué voz! Sólo su cara es más linda.

Yo paso la mayor parte del día en su casa. Esta vida del campo acaba por fastidiar; he encontrado en la ciudad una bonita habitación cerca de la de Emilia. Allí iremos; quizá mi tía recobre la salud que decididamente ha perdido aquí. La pobrecilla me ha hecho renovar la promesa de no tocar el nocturno sino cuando ella me lo pida.

—No tardaré mucho en pedírtelo —agregó con una expresión de profunda melancolía.

Luisa, entretanto, me parece también un poco enferma; algo como un sentimiento de resignación suprema da a su fisonomía no sé qué tinte sobrehumano. O será que yo quiero, que necesito que Luisa se resigna a una desgracia; en este lugar, ante esta hoja blanca en que va corriendo mi pluma, ¿no he hecho el juramento de decir todo lo que siento? ¿No son estas mis confesiones? ¿No hay algo dentro de mí que quiero ocultar a mí mismo?... Valor, pues; deja que el corazón hable. ¡Dios sabe por qué te lo ha dado así!

Emilia: Nada nuevo debe ser para usted lo que voy a decirle: la amo. Nada tampoco puede darle una idea

de lo íntimo e ilimitado de mi cariño; ni la luz del sol, ni la profundidad de los espacios, ni todo lo que los poetas encuentran de más bello para casos semejantes. Así es que, si deseo que usted me comprenda, es porque deseo que me ame, y el amor sólo puede explicar al amor.

Emilia: qué estrecho y qué mezquino es el horizonte de la vida cuando lo vemos en la realidad; qué bello, qué puro y luminoso es ese horizonte cuando todo se encuentra en la sombra de una pupila. En la sombra de tus pupilas de ángel, Emilia mía, entreví la primera revelación del porvenir: desde entonces siento en mi pecho aliento para engrandecer el sueño más gigantesco del genio; siento en mi cerebro agitarse más gérmenes de ideas que los que han vivido en el corazón del hombre desde que pensó en crear el fuego y encendió un hogar, hasta que quiso crear un corazón y soñó a Julieta... Todo ese mundo mío se arrodilla ante ti, Emilia, se arrodilla ante usted.

Ocho horas después

No quiero pensar porque no quiero sufrir.

Después de algunas horas de temblar mucho, me atreví a decirle al tiempo de despedirme:

—Emilia, ¿sería usted tan buena que quisiera leer estos renglones?

—Sí, con una condición —me contestó—: que ha de acceder usted a una cosa que varias veces le he pedido inútilmente... Dice usted que, desde que tocó hace mucho tiempo un nocturno de Leybach, no ha vuelto a hacerlo... Hágame el favor de tocarlo ahora.

—Imposible, Emilia.

—Adiós, Antonio; es usted demasiado buen muchacho para ser buen amante.

III

Tengo el convencimiento de que Emilia me ama, y de que esa manía de evitar el encontrarse conmigo a solas es porque quiere poner mi pasión a prueba.

Yo paso mi vida entre la ansiedad y la tristeza. De noche llamo con ansiedad al día, para verla; de día pienso con tristeza en que llegará la noche. Su familia ve mi asiduidad con cierta complacencia; saben que yo soy bueno y que la quiero mucho. Llegaremos a ser muy felices. Las noticias de los míos no son nada satisfactorias por cierto. Ayer, día de mi cumpleaños, recibí un pañuelo bordado por Luisa. Quisiera que yo fuese a verlas. Mi buena tía me dice al fin de la carta, en trémulos renglones, que siente aproximarse el momento de la despedida. ¡Ah!, si no fuera porque estoy persuadido de que son preocupaciones de la pobre anciana, yo volaría a cuidar de sus momentos postreros, como ella cuidó de los primeros míos. No, no me retendría el amor de Emilia. He extrañado que en la carta de Luisa no se encuentre ni la menor alusión a nuestro antiguo amor, ni una frase siquiera de celos. ¿Me habrá olvidado? Tal vez

otro... Esto es para dudar de todas las mujeres. ¡Conque crea usted en la santidad, en la constancia, en la pureza del alma! Luisa me engaña; un nuevo afecto ha sucedido al que poco tiempo hace me juraba bañando en lágrimas mis manos; acabaré por volverme escéptico.

Quizá mi segunda madre protege esta inclinación, porque cree que yo no soy el que mejor puede asegurar la felicidad de su hija: ¡tiene razón! Pero si lo cree así, ¿a qué empeñarse en que yo vaya?...

He leído las anteriores líneas, y me parece que me estoy volviendo infame.

¿Qué es, pues, lo que por mí pasa? Necesito un consejo. Siento hoy una desazón mortal; de repente me incorporo sobresaltado con ganas de pedir socorro. Y ¿quién me lo dará? ¿Carlos? No, me es antipático este muchacho; algunas veces revela una extraña ironía en sus palabras, sobre todo si hablamos de Emilia. ¿Qué le habrá hecho la polla aquella, aquella coquetuela? No sé, pero noto que no me quiere ya Carlos, ¡y a fe que está pagado! En resumen, desde el día en que me rehusé a llevar una carta para Emilia, en la que, según me dijo, daba explicaciones sobre su conducta en la casa y presentaba sus excusas, no ha vuelto a verme. Emilia se disgusta también mucho de que le hablen de él.

Pero si no he de pedir un consejo a Carlos, ¿a quién pedírselo? ¿A quién mejor que a Félix, mi sabio de vein-

ticinco años? De paso quizá se le ocurra algo bueno a ese loco de Ricardo...

Los he visto, he pasado con ellos un rato delicioso, y quedamos citados para ir esta noche a las seis a San Ángel, para tratar de ver a Emilia, que va a un baile en casa de una amiga nueva de su mamá. Yo no puedo ir; pero trataré de verla, y mis dos amigos la conocerán.

Reproduciré, entretanto llegan, mi entrevista con este par de entes originales, más abundantes en México de lo que se cree.

Difícil es hallarlos en pleno día. Viven en el clarooscuro, más bien inclinados a la sombra que a la luz. Habitantes de uno de esos mundos que pocos conocen, en que para revivir una civilización muerta basta una taza de café; el roce de una falda, para hacer un poema, y una espiral de humo de cigarro, para corregir los defectos del paraíso. México tiene un poco de ese mundo en todas partes; en sus casas más suntuosas, y en sus más oscuros zaquizamíes; pero al nordeste de la ciudad, en el barrio de las escuelas, es en donde está el centro de lo que un parisiense llamaría la “bohemia estudiantil”, de la que han salido casi todas las grandes ilustraciones del país, y que va desapareciendo ya a medida que la mediocridad extiende su brillante cetro de latón por todos los círculos de esta medianamente culta capital.

Viven en una gran celda, en uno de los corredores más claros del convento, por haberse venido abajo casi toda la arquería del corredor; éste les ha servido para hacerse una escalera de servicio, como ellos dicen, pues bajan al patio por sobre los escombros, pisando aquí un fuste de columna, allí un capitel churrigueresco, por acá un nicho, más allá las ramas de una higuera, que ellos llaman el “descanso”, desde donde se deslizan por uno de aquellos barandales de hierro labrados a martillo por el siglo xvii, hasta el brocal de una fuente medio perdida entre las hierbas. Me guardé bien de abandonar los fantásticos peldaños que de noche, a la luz de la luna, recuerdan, según Ricardo, los diabólicos senderos por donde ascendía Fausto a la cumbre del Brocken, en la noche clásica de Walpurgis.

Félix es médico, o lo será muy pronto, y es también pintor. Difícilmente hay un hombre que sepa más que él; lo que no ha leído lo adivina. Nunca ha hecho un verso, porque dice que le disgustan todas las formas de poesía y todas las métricas de los idiomas modernos, y hace poco se había puesto a inventar algo en esta materia; pero abandonó la empresa el día que se tropezó con este pensamiento de Goethe:

Hablamos demasiado, deberíamos hablar menos y dibujar más; en cuanto a mí quisiera renunciar a la palabra,

y, como la naturaleza plástica, hablar sólo en imágenes. Hay en la palabra algo de tan inútil, de tan vano, de tan ridículo, en fin, que el terror se apodera de vosotros ante la austera serenidad de la naturaleza, y que su silencio os aterra cuando os encontráis cara a cara con ella frente a algún aislado lienzo de granito, o en la soledad de alguna antigua montaña.

En su libro de recuerdos había un apunte que da idea de su carácter excéntrico: “En las religiones de nuestros antepasados los indios, se encuentra un fondo sublime de verdad y de admirable inteligencia de la gran naturaleza; los ignorantes sólo han visto las formalidades extravagantes y los ritos sanguinarios; pero la tarea santa de nuestro patriotismo sería restaurar la religión de nuestros padres en armonía con el culto de lo bello”. Desde aquel día se declaró sacerdote nahua y empezó a redactar un decálogo tolteca; pero suspendió su obra de iniciación cuando una vez llegó a hacer estas observaciones: Que los pájaros, los pescados y los insectos presentan solamente colores de brillo metálico, mientras las plantas y los zoófitos no los presentan nunca; y esta otra: Que la parte de los animales que mira a la tierra es más pálida que la que ve al cielo. Pintor y naturalista, el estudio del colorido en la materia orgánica le devolvió su pasión por los libros de medicina y, en lugar de querer un grado de

doctor en la teología de Anáhuac, iba a recibirlo en medicina y farmacia. Tal era Félix.

Ricardo era un poeta. En el primero, la razón había acabado por dominar a la fantasía; en el segundo, más joven y más ardiente, la imaginación sólo estaba subyugada por el sentimiento. Yo iba a pedir a Félix un consejo, a Ricardo un abrazo.

Empujé la puerta de la más extraña celda que hubo nunca; componíase de dos piezas y una cocina; la primera se llamaba “la sala de recepción”: tres enormes cuadros del antiguo convento, cuyos marcos habían vendido los dos estudiantes, cubrían casi en su totalidad los lados de la habitación. Apoyados en el suelo, sus bastidores casi tocaban al techo. Entre estos bastidores y el envigado de cedro, se ostentaba la más empolvada y caprichosa colección de frascos, vasos, retortas, tubos y sifones que se haya podido encontrar, mezclada con manojos de plantas secas, aves disecadas, calaveras de diversos animales, armas y pipas. Junto a una ventana, cuyos quiciales estaban ocultos por las torcidas volutas de una coquetísima enredadera que dejaba penetrar hasta el interior del cuarto sus húmedas campanillas azules, había un caballete con su lienzo y en él, bosquejado, un retrato de Ricardo. Del otro lado de la ventana, un piano que había regalado al poeta una persona de 60 años, muy rica, que se acordó de él.

Pintar el desorden que reinaba en aquella celda sería casi imposible; y sin embargo parecía más arreglada que el comedor del palacio Buckingham, al lado del dormitorio. Los cuadros, despojo de los claustros, seguían desempeñando el principal papel; uno de ellos servía de alfombra, pero cubierto por una gran pintura de Félix que representaba un cielo con nubes de todas las especies y colores, con su luna de color de melón y algunas constelaciones; semejante capricho estaba, sin embargo, muy bien ejecutado: en medio del cuadro había una lente admirablemente imitada. Esta idea de alfombrar el suelo con el cielo, puesta en planta por Félix, provenía de Ricardo, que gustaba de reclinarse sobre las nubes y de figurarse suspendido en el aire. Otra ocurrencia del bardo, como le llamábamos, había sido la de hacerse una biblioteca en los libreros del cardenal Bellarmino (cuyo retrato de tamaño natural había encontrado en la celda del guardián), por medio de unas tablas clavadas detrás del lienzo, cuyos gruesos bastidores permitían esta transformación, y, eliminadas las partes de la tela en que estaban pintados los libros, el buen bibliotecario del Vaticano tenía a sus espaldas a Lord Byron, a Strauss y a Quintana y Espronceda, en vez de las *Disputationes de controversiis fidei* y del libro *De potestate Summi Pont.*

Cuando entré, Félix estaba echado en el suelo, apoyados los codos en la Osa Mayor, y la cabeza en las ma-

nos, y contemplando, con la paciencia de un [Pierre] Huber o de un [Jean-Marie León] Dufour, el ir y venir de los interesantes insectos. Ricardo, sentado en un viejo sitial de cuero y teniendo una fotografía en la mano, dormía. Al verme, despertose murmurando un verso parecido a aquél de Bécquer:

No dormía; vagaba en ese limbo
 en que cambian de forma los objetos;
 misteriosos espacios que separan
 la vigilia del sueño.

Félix me vio por encima de su hombro y, sin abandonar del todo su postura, me dijo:

—Ven a estudiar los preparativos de una batalla entre estos himenópteros; las aristócratas de arriba se preparan a batir a la plebe que hormiguea en el tronco de la higuera: antes de dos horas se pondrá el ejército en marcha. Te invito a partir conmigo al teatro de la guerra.

Ricardo, sin soltarme el brazo, decíame al mismo tiempo:

—No oigas a este loco que se ha empeñado en dar lecciones de derecho representativo a esos monstruos microscópicos; ven al piano y tócame, como tú lo sabes hacer, la *Serenata* de Schubert, el músico de los que están enamorados sin desesperar, pero sin esperar

tampoco. Figúrate que anoche, mientras una persona destrozaba en el piano al inmortal melodista, creí por un momento que ella fijaba sus ojos grandes, brillantes, altivos, en los míos, y sentí que mi vida entera se encontraba en sus pupilas; era tan sorprendente la luz de aquella mirada en que parecía vagar como un destello de los cielos su alma infantil y pura, que me pareció escuchar un coro de querubines tocando en sus arpas la melancólica serenata. Sabes lo rápidamente que me lanzo al mundo de los ensueños; el fulgor de aquellos ojos iluminó en mi cerebro tantos encantados paraísos ocultos en la sombra, tantas estrellas dormidas en mi noche... que en ese instante comprendí por fin que era poeta... ¡Antonio!, si ella me amara, haría al mundo inclinarse ante mí, y yo me echaría como un perro bajo sus dos piecitos de hada. Pero no me amaré nunca.

Y el pobre Ricardo se mordía los labios como si quisiera impedir la formación de una lágrima, que temblaba ya en sus pestañas.

—¿Por qué lo crees así? —le pregunté.

—Porque quiere a otro y es de la raza de las mujeres privilegiadas: quieren una vez sola.

Félix le interrumpió diciéndole:

—Ya te he dicho que esa criatura, o es privilegiada como tú dices, y entonces no podrá querer a la persona que me has mostrado, cuyas facultades cerebrales

pertenecen al género negativo, o no hay tal privilegio... y entonces abandona la partida, porque, dado un aspecto mucho mejor que el tuyo, y cierta audacia de lengua, no hay mujer vulgar que resista... Pero como creo que tú no buscarás una mujer cualquiera para partir contigo el peso de la vida, como dice el Código Civil...

Ricardo se había puesto pensativo, y yo aproveché aquella pausa para contar a mis amigos lo que me pasaba, y les pedí consejo. Félix repuso sin vacilar:

—Aléjate de esa mujer.

Ricardo me dijo:

—Acércate a tu madre.

Yo quise protestar; aquella severidad me pareció excesiva; pero Félix previno mi idea diciendo:

—Házmela conocer, y yo confirmaré mi opinión o me retractaré.

—Pues vengan ustedes esta noche a San Ángel conmigo; tendremos una pequeña aventura, y verán a Emilia.

Y quedamos convenidos en salir para San Ángel en el tren de las diez.

El firmamento, anegado en una niebla plateada, permitía distinguir apenas las grandes constelaciones; en persecución del Toro, cuya pupila roja brillaba en lo alto del cielo, el gigantesco trapecio de Orión se inclinaba sobre la oscura cortina de las montañas, y la luna en

menguante ardía blanca y pálida encima del Iztaccíhuatl, como una lámpara colgada sobre el sepulcro de una reina. Entre la sombra del horizonte serpeaba a veces una línea azul indicando el paso del viento por los lagos, y más allá de los tersos tableros de los maizales una mancha lívida marcaba el sitio de la capital. Los álamos rumorosos lamían con sus larguísimas sombras las rocas de la montaña, en que escondidos aguardábamos el momento de penetrar en la huerta. Los pájaros gorjeaban soñando, como dice Uhland, y el eco lejano de la música se mezclaba en torno nuestro con la risa argentina de las corrientes de agua que se alejaban conversando con los céfiros por las vertientes...

Ricardo ha escrito en mi libro esta página de poesía. Yo he olvidado cómo ríe la Naturaleza; sólo sé cómo llora el corazón. Tengamos el valor de las memorias tristes; siento en ello un amargo placer.

Estábamos ya en la avenida de fresnos; mi corazón palpitaba violentamente. ¡Cuántas veces un reflejo de la luna me pareció su falda rozando las malvas y los rosales! A poco se destacó entre el rumor confuso de la noche el eco de un diálogo; nos acercamos... era la voz de Emilia. Sentí que la sangre desgarraba las aberturas de mi corazón para poder escaparse libremente; la otra era la voz de Carlos... He aquí lo que recuerdo:

“—Carlos, me has hecho sufrir mucho, me martirizas, y por ti estoy cometiendo la infamia de hacer sufrir a otro.

”—No hemos venido aquí a llorar, Emilia. O Antonio no vuelve a tu casa, o antes de un mes estoy casado con otra cualquiera... sobran por ahí.

”—Pero óyeme; tú sabes bien que estoy fatalmente ligada a ti, y abusas innoblemente. ¿No crees que Dios me castigaría, si después de dejar que ese pobre muchacho se enamorara de mí, por tus consejos, ahora porque se te antoja tener celos, le despidiera?... ¡Sería matarlo!

”—Óyeme, Emilia: Ni Dios se mete en chismes de mujeres, ni ese pobre desconocido se morirá por tus ojos negros.

”—Eres un malvado, Carlos, incapaz de comprender ni el sacrificio, ni la pasión... pero yo no haré lo que tú me propones... yo quiero a Antonio... porque, en fin, él sí me ama; y si he sido capaz de engañarle hora por hora y minuto por minuto, quiero que Dios me perdone, agradeciendo tanto cariño a ese pobre joven.

”—Muy bien, santa Emilia. Eres la chica más lista que haya encontrado nunca. Eso deseaba yo; así es que quedamos buenos amigos; tú te casas con ese ‘pobre joven’ y yo con tu antigua amiga; ella es fea, pero tiene

mucho dinero; tú tienes poco dinero, hija mía, y yo te devolveré tus cartas para que nadie llegue a saber que he tenido una querida tan linda”.

Han pasado algunos días, y estoy muy enfermo, a Dios gracias, mortalmente...

Probablemente ya no te mancharé más con tinta y con lágrimas, pobre cartera mía. Adiós; voy a ver quién llama... si fuera la muerte... No, no, es, es, E...

IV

Estaba muy débil, y al ver a aquella mujer delante de mí me faltaron las fuerzas.

Cuando volví de mi aturdimiento y recobré la conciencia de mí mismo, estaba tirado sobre la alfombra, y mi cabeza adolorida descansaba sobre el pecho de Emilia, arrodillada a mi lado. Alcé los ojos para buscar los suyos, que habían sido la luz de mis mejores días, y los vi anegados en lágrimas.

No eran aquéllas, bien lo recuerdo, las lágrimas mudas de un sufrimiento que se retiene dentro del corazón; no, era el desbordamiento del llanto ardiente, apasionado; sollozos continuos mezclados de suspiros agitaban su seno; en derredor de mi cuello sentía el temblor nervioso de sus brazos; corrían por sus mejillas encendidas gruesas lágrimas, y su cabello en desorden, y su frente pálida como la de un cadáver, su aliento febril, que mezclado con palabras trabajosamente articuladas se escapaba de su boca crispada y convulsa, indicaban en aquella Magdalena de veinte años, no a la aristócrata que teme descomponer el rostro; no a la orgullosa que

no quiere confiar al hombre las secretas lágrimas de sus noches de insomnio, sino a una mujer que, extraña en aquel instante a las convenciones sociales, necesitaba llorar, y lloraba.

A mí nunca me pareció tan bella. Cuando, por ocultar sus ojos, llevó a ellos su ajado pañuelo de batista que olía a violetas, y de su cabeza doblegada caían sobre mi cara sus largos rizos, sentía una delicia infinita en besarlos silenciosamente.

Por fin, me desprendí del brazo admirable que me aprisionaba y que cayó pesadamente; me incorporé con gran trabajo, y un relámpago de vanidad satisfecha coloreó mi frente helada aún. La tenía yo a mis pies doblegada, llorosa, sumisa, avergonzada; adivinaba en sus labios la palabra: perdona...y yo... ¡iba a perdonarla!

Pocos minutos después nos mirábamos extasiados; ella casi sonreía, yo casi lloraba de felicidad. Sentía sus manecitas entre las mías, percibía el perfume de su boca; bebía la luz de sus ojos que me miraban de esa manera lenta y profunda con que ven solamente las mujeres de corazón.

—Era preciso —me decía—; Dios lo habría dispuesto así. La felicidad no es felicidad, Antonio, si no hace contraste con un gran dolor; por eso las horas felices de la adolescencia están dominadas por una vaga

aspiración que martiriza en silencio nuestra vida. Pero llegan estas horribles tempestades en que nuestro corazón se agita y se desgarrá, en que cree uno que el azul del cielo es un sueño, tan siniestramente negros son los abismos que nos rodean; y agitamos nuestros brazos en el aire, y nos falta la voz en la garganta, como en una pesadilla... Y si al despertar sentimos una mano leal entre las nuestras, si se comprende que quien nos ha hecho sufrir sufría más que nosotros; que quien nos ha inspirado amor amaba también y ama sin poder, sin deber decirlo... entonces esta hora, este mundo fugaz de felicidad, robado a los ángeles, este rayo de sol después de una borrasca, nos penetra hasta lo íntimo del alma y...

Se detuvo un momento. Había no sé qué de celestial en oír aquella palabra animada, veloz, sonora como un timbre de oro; parecía que las rosas y los claveles de mi balcón alargaban sus cálices hacia ella, como atraídos por el magnetismo de su belleza y de su pensamiento... Emilia era toda pasión, toda artista; conocía el goce, vedado a las almas vulgares, de la adoración de lo bello y de lo bueno.

Yo la había visto estremecerse de emoción contemplando la *Dolorosa* de Velázquez,⁶ cuya alma se siente

⁶ En realidad, se trata del cuadro pintado por Bartolomé Es-

llorar al través de sus ojos sin lágrimas; sabía concentrarse extasiada ante la *Venus de Milo*, belleza incomparable que sólo se revela a los elegidos; lloraba escuchando la *Marcha fúnebre* de Chopin, y en materia de libros era rara: daba la preferencia a santa Teresa sobre Kempis, a Goethe sobre todos los novelistas, y había tres autores que nunca podía leer: Víctor Hugo, porque le causaba dolor en el cerebro a fuerza de hacerla pensar; Balzac, porque le causaba dolor en el corazón a fuerza de hacerla dudar, y Pérez Escrich, porque le causaba dolor en el estómago a fuerza de hacerla bostezar.

Los admirables instintos artísticos de esta mujer, en quien el amor a la belleza plástica lo dominaba todo, hacían decir una ocasión a Manuel Olaguíbel que Emilia era una pagana que iba a misa.

—Perdone usted, Antonio, si me entrego a esta expansión de ternura; hace tanto tiempo que mi alma necesitaba hablar con otra alma, que mi dolor compri-

teban Murillo [1617-1682]. En una carta dirigida a su esposa, desde Madrid, el 13 de diciembre de 1900, en la que habla sobre su viaje a Sevilla, Justo Sierra rectificó tal atribución: "hablo de ella en no sé cuál de mis cuentos románticos — sino que se la atribuyo a Velázquez". Véase Justo Sierra, *Epistolario y papeles privados, Obras completas*, vol. XIV, Catalina Sierra Peimbert (ed.), México, Coordinación de Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 147.

mido habría hecho estallar mi corazón, si Dios no me hubiera deparado el consuelo de tenerlo a usted, Antonio; de comprender su amor infinito, en el momento más cruel de mi expiación. Egoísta de mí, yo no podía aceptar ese amor que habría sido el orgullo de mi juventud, sin hacer a usted una confesión dolorosa, y una resistencia tenaz, dentro de mí misma, me lo impedía, como la influencia satánica que impide a Margarita levantar su oración a Dios; yo misma no quería que la que usted habría creído pura...

Emilia prorrumpió en sollozos, yo murmuraba a su lado palabras incoherentes, febriles, extáticas. Ya podía morir; el presentimiento del cielo había entrado de lleno en mi corazón.

—Pero no —continuaba Emilia—, no vengo a decirle a usted lo que otra mujer le diría; me basta una frase de perdón, y pasaré mi vida entera arrodillada a sus pies. No, yo no quiero perdón, Antonio, yo quiero amor, amor del bueno, del santo amor del espíritu que lo purifica todo, que todo lo engrandece. ¿Por qué no me habla usted de tú, como en sus arrebatos apasionados?

—¡Emilia, si estás viendo que me vuelve loco la felicidad!

Y nuestros labios encontraron el primer beso de los esposos, después de la bendición del cielo.

¡Este Félix! ¿Pues no está empeñado en que hay no sé qué diabólico en Emilia, que con sólo una palabra me devuelve la vida y la dicha? Seguramente les parece mal que yo me encuentre sano como nunca en un solo día. Estos que leen mucho los libros, nunca saben leer el libro del corazón.

Ahora yo soy quien me encuentro capaz de aconsejarles. Ricardo me escribe diciendo que es infeliz, que tiene un enigma enfrente en forma de un lindo querubín de dieciocho abriles:

Un sueño, una quimera —me dice en su carta— que será mi último sueño y mi quimera última. ¿De qué me servirá luego una ilusión, si no tiene sus ojos luminosos y tranquilos, como debe ser el cielo de los cielos; si no tiene su charla de jilguero, si no me podrá hacer soñar con una larga velada de invierno en que pueda beber su mirada destello por destello, y adorar su sonrisa, perla por perla? ¿Qué horizonte me parecerá radiante, si no miro vagar su recuerdo en el primer celaje bordado de oro por el sol? ¿Qué flor me parecerá hermosa, si no creo que ella pueda tenerla entre sus manos de duquesa? ¿En qué mundo quieres que yo encuentre la felicidad, si ella no me ama? Es la primera vez de mi vida en que desearía ser capaz de ocuparme en esa abominable es-

tupidez del corazón que se llama “amoríos”, porque el amor así, loco, sin porvenir, sin esperanza como el mío, es una pantalla entre mi inteligencia y mi Dios; ¡es una tumba que se cierra en mi corazón!

Según eso, el pobre Ricardo es infeliz; entonces ya veo que es más difícil consolarlo de lo que yo creía, porque me está sucediendo una cosa muy rara: no comprendo la desgracia.

Querido Félix:

Ayer, después de las seis de la tarde, me dirigí como de costumbre a casa de Emilia. La sala estaba sola y silenciosa; el gabinete de Emilia solo y silencioso también. Me senté sobre una butaca a esperarla, y mi vista se fijó maquinalmente en unas grandes tarjetas colocadas en la canastilla de cristal de un tarjetero cincelado por Froment-Meurice, y que Emilia tiene siempre a mano sobre un velador, para arrojar en ella sus guantes y sus flores. No sin gran sorpresa leí en el primer cartón blanco: “Carlos N. e Isabel N. han contraído enlace, y se ofrecen a las órdenes de usted”. La otra era de los padres de Carlos dando parte del matrimonio, y la tercera decía: “Carlos N. y esposa se despiden para los Estados Unidos y Europa”.

Quedeme como abismado mirando fijamente aquellas tarjetas. Poco a poco sus caracteres se borraban; la blancura del cartón desapareció a mi vista, y pasaban ante mí, como arrebatadas por un torbellino, el concierto en que Carlos me había presentado con la intención de hacer de mí un instrumento de sus vilezas, el día en que Emilia me había contado la fábula de los amores de su amante con la pollita coquetuela y fea, que no era otra que la recién casada; el diálogo satánico de San Ángel, nuestro diálogo celeste en mi cuarto, y toda aquella sucesión de recuerdos pasaba ante mí como la procesión de los reyes ante los ojos espantados de Macbeth, envueltos en una atmósfera de fuego. Poco a poco a aquellos círculos encendidos fueron sucediendo otros negros; creí entrever la figura de mi buena madre enferma, la de Luisa arrodillada a los pies de su lecho... y la fruición deliciosa que anunciaba en mi cuerpo la cercanía de Emilia me arrancó de mi letargo.

Era tal mi preocupación, que creí ver un tanto enrojecidos sus ojos, como si hubiera llorado; ella, al contrario, sonriendo dulcemente, se sentó a mi lado.

—Te habrás sorprendido —me dijo— de mi tarzanza; pero he tenido que arreglarme un poco para recibir la visita de la esposa de Carlos, que en una esquelita me ha dicho que vendría a darme un abrazo antes de partir. ¿Te parezco bien así? —agregó con la

más deliciosa coquetería que haya iluminado las líneas de un busto femenino.

Hablamos un buen rato y nos dijimos mil locuras. A poco salimos a la sala para recibir a Isabel, la esposa de Carlos.

Venía Isabel vestida con un lujo aturrullador; toda ella era *moiré antique*, blondas de Chantilly, diamantes y, sobre todo, un penetrante perfume de no sé qué flores, y del cual parecía haberse derramado encima veinte o treinta frasquillos. Tan intenso era aquel aroma, que Emilia, al verla, se puso densamente pálida; sin embargo, nada había tan fuerte en aquella relamida criatura como su inagotable charla, casi tan insulsa y frívola como inagotable.

Después de mil preguntas a las que ella misma se respondía, y de decirnos que iba a gastar cincuenta mil pesos a Europa, y que sus mejores deseos eran conocer a su majestad Napoleón III; a la emperatriz, su esposa; al príncipe, su hijo; al otro príncipe, su primo; a la princesa, su prima política, y al santo padre; y después de eso visitar las perfumerías de París, y conocer al *Gladiator*, y ver el Jardín de Plantas y qué sé yo cuántas otras cosas más, encarándose a Emilia, le dijo con marcada ironía:

—Allá te veré, preciosa, en cuanto te cases con el señor, porque según veo siguen ustedes tan amartela-

dos como nunca; oiremos tocar juntas a Liszt, y a ver si Carlos, que lo conoció en Europa, consigue que nos haga oír ese famoso nocturno que nunca ha querido tocar este caballero por más súplicas que le hacías, según tú misma me has dicho.

—Antonio lo toca siempre que yo se lo ruego —contestó Emilia haciendo un esfuerzo como para sofocar un grito de leona herida.

—Es posible; entonces ruégaselo ahora, querida, porque tengo vehementes deseos de oírle tocar.

—Hágame usted el favor, Antonio —murmuró con voz trémula de emoción.

Yo comprendí la situación de aquella mujer lastimada en su amor propio y, sin embargo, no, no podía olvidar mi promesa a mi pobre madre y a Luisa... Aquello me habría parecido un sacrilegio. Empecé a balbucear una excusa; Isabel se puso de pie y se despidió con la más burlona sonrisa que ha podido hinchar los carrillos de una fea.

Cuando nos vimos solos, Emilia levantó la cabeza; estaba espantosa; su boca se crispaba horriblemente, sus ojos centelleaban fuera de sus órbitas; una penumbra negra cubría, como una máscara siniestra, su rostro. Se adelantó hacia la puerta como si quisiera despedir rayos por sus rígidas manos; me pareció oírla decir: “¡Carlos maldito!...”, y prorrumpiendo en un grito agu-

do, estridente, aterrador, rodó como una masa inerte por la alfombra.

Yo no supe qué hacer mientras su madre y la servidumbre la rodeaban. Yo, que creía que se había muerto, que yo la había matado con mi feroz negativa, corrí al piano. Eran las ocho de la noche, y las teclas, dóciles como siempre, respondieron más a mi alma que a mis dedos con el nocturno de Leybach. Aquellas melodías melancólicas y puras fueron un bálsamo para Emilia. Calmose rápidamente y, acercándose al piano, se puso a escuchar arrobada. Yo apenas la veía en una especie de oscuridad perdida en el fondo de mi memoria. La sala de la casa de Eduardo, mi pobre amigo moribundo, la Ceres de mármol, el sacerdote, el mar, mi tía, Luisa, todo se aglomeraba en mi fantasía con una precisión que me hacía sufrir.

Aquel enjambre de hadas que rodeaba mi frente estaba allí, reflejándose en el marfil del piano, pero veladas, pero tristes... de repente oí vibrar clara, majestuosa, tranquila, la voz del sacerdote que decía:

—*Domine, non sum dignus...*

Y cerca de él había un lecho, pero casi pobre, y en la pieza había poca luz, y ¡quién estaba allí, quién!... ¡Oh! Dios mío, yo quise huir; pero la mano de Emilia me retenía, mis dedos seguían recorriendo el piano, y a veces me parecía que después de cada nota había otra

fúnebre, lejana, moribunda, y mi nocturno tenía un eco en el camposanto.

Hasta que al fin Emilia me detuvo, diciéndome:

—Estás loco, ese piano se ríe de ti; lo que acabas de tocar no tiene sentido común.

Despidiose de mí diciendo:

—Ellos pueden hacer entrar en su matrimonio todo el oro del mundo; nosotros haremos entrar en el nuestro toda la felicidad del cielo...

Corrí a mi casa. Llegó a poco un parte telegráfico. Lo abrí temblando... Decía así:

Acaba de recibir el viático nuestra pobre madre. Dicen los médicos que no hay esperanza. Ella desea a cada momento hablar contigo.

Luisa

Yo parto, Félix, suplicándote llesves a Emilia la carta que incluyo, y que me escribas. Adiós.

Antonio

V

Querido Antonio:

Sobre tu cartera, olvidada aquí, me permito intercalar, yo, Ricardo, estas mis recientes impresiones, mientras nos llega carta tuya, desde hace una semana esperada con ansiedad; me servirá eso de algún consuelo, pues Félix se ocupa en estudiar a Emilia, y no le he visto la cara en algunos días. Se acicala ya como una damisela; dice, y no sin razón, que el médico debe empezar por agradar, y que él o cura a tu amada, o te propinará un veneno para curarte. Ya sabes que Félix es un romántico extraviado en un anfiteatro de disecciones; es un poeta que en busca de los mundos se encontró con los átomos, y estudia con tanto ahínco las leyes que determinan los movimientos de rotación y de traslación de las moléculas en la sangre, como un astrónomo el por qué giran los satélites de Urano en sentido inverso. Ya le has oído decir que quiere ser el Copérnico de los infinitamente pequeños.

Pero en el estudio del corazón de la mujer, Félix tiene que estrellarse. Por más que se empeñe en probar cuán poco interesan los ojos azules de una hija de Eva, al que ha sorprendido en el vientre de un coleóptero ese zafiro sombrío, como nunca lo hubo en la corona de los reyes, dice Michelet; ni el carmín de la boca de una costeña, al que ha tenido bajo su lente una hoja de jacinto; ni mujer alguna sobre la tierra, al que ha sabido adorar el no más allá de la forma armoniosa y pura, como un verso de Virgilio, en la *Venus de Milo*; por más que en esto se empeñe, lo cierto es que el corazón de Félix es virgen aún de impresiones de amor, y yo tengo miedo del desequilibrio que existe entre esa cabeza de sabio y ese corazón de niño. Esto no quiere decir que se enamore de Emilia, porque eso sería un sacrilegio para él; pero van a casa de tu novia tan lindas muchachas...

¡Ah!, estudiar a la mujer es el gran imposible en la vida; sería lo mismo analizar el dolor o el placer, dos sensaciones que embargan nuestra inteligencia. Es un enigma junto al cual ha pasado el género humano a oscuras, y que ellas mismas no saben descifrar. Más vale por eso amarlas, amarlas a ellas con el amor sin límites con que se ama lo que no se alcanzará nunca sobre la tierra, y que tiene que ir más allá para perder su horizonte en los horizontes inconmensurables del cielo.

Yo, mi buen Antonio, casi empiezo a habituarme a ese dolor sordo que ocupa el fondo de mi vida moral. Sé bien que ella no me amará nunca... que tal vez ama a otro... Aquellas reflexiones de Félix sobre si porque amaba a ese otro, era o no una mujer vulgar... ¿qué me importan a mí? Pues qué, ¿puede ser vulgar cuando es tan linda, cuando es tan buena? No son éstas las distinciones supremas de este mundo. Y luego, eso que Félix dice se puede aplicar a una mujer; pero ella no es una mujer todavía; todavía su frente noble y pura no se desprende de los besos del cielo; aún no entra en ese eclipse doloroso que se llama la vida; es una estrella que viene por el rumbo del infinito, y tiene apenas su primer contacto con la penumbra.

Quieres que yo te cuente detalladamente lo que me pasa; eso, amigo mío, es sencillo y fastidioso como el relato de una pasión de colegial. Casi no me pasa nada. La veo una que otra vez, porque me lastima mirar sus preferencias a otras personas; pienso en ella constantemente y le hago sin cesar versos, que sin cesar consume el fuego. Me da miedo que ella los vea; hemos cantado muchas miserias y muchas vanidades los hijos de esta generación de lucha y odio, para que hayan perdido nuestras trovas el perfume mundano; las cuerdas de nuestra arpa han prestado su música sombría al *de profundis* de muchas ilusiones muertas, de muchas

creencias perdidas, para acariciar el alma en botón de ese ensueño immaculado de mi existencia; no, yo no le cantaré mientras no queden mis labios purificados como los del profeta, mientras de mi corazón redimido no pueda brotar el himno sublime de la esperanza y de la fe...

Sin embargo, alguna vez soy casi feliz, aunque quizá hay mucho de facticio en mi ventura. Me basta para ello un incidente cualquiera, una sombra esfuminada en el crepúsculo; la estrella vespertina y debajo un segmento de la luna, semejantes a una hostia de fuego sobre un cáliz de oro; la inmensidad de un ensueño en mi alma, y el ensueño de la inmensidad delante de mis ojos...

La noche del último miércoles pude contemplarla algún tiempo. La tierra estaba llena de alegres rumores; chispeaban en el cielo las grandes constelaciones, anegadas en un océano de plata por la luna; debajo del divino Orión, Sirio, Júpiter y Canopus parecían bosquejar una inmensa triangulación en ese espacio. Iluminada por aquella luz blanca y pura, envuelta en una chalina roja, irguiendo algunas veces su frente de reina, sobre la cual los rayos de la luna se convertían en besos, o apoyando melancólicamente la barba en sus manecitas de ángel, parecíame dibujada con esos perfiles que surgen del infinito en nuestras horas de éxtasis. Así son

las mujeres con que soñamos; así cruzan por el horizonte de nuestra vida los seres que nos hacen amar y creer. ¡Ay!, como si toda luz hubiera de producir una sombra, a su lado se apoyaba con íntima familiaridad el señor del cerebro negativo.

¿Qué debo pensar de esto? Y bien, la amo y la amaré a pesar de todo el mundo, a pesar de ella misma... Algún día... ella me perdonará... La noche la envolvió luego en sus velos negros. Hubiera dado mi vida por un solo rayo de sol; creía que aquello era una agonía; era una fuga de mi alma en plena vida; yo la quería detener, le quería pedir una mirada, una sola... pero es cruel como un niño.

Félix llega con tus cartas...

Hermanos míos:

Más tranquilo ya, aunque más triste, mi primera carta es para ustedes; vuestras manos siempre han estado al alcance de las mías y nunca puede ser más dulce esta verdad que en la hora siniestra del naufragio en el mar de los grandes dolores.

Llegué a mi casa, estaba sola; atravesé el patio, subí... Nadie. Quise llamar a Luisa, pero mi voz fue rebelde. Veía yo con no sé qué infinita amargura aquellos

muebles ya envejecidos, pero cada uno de los cuales estaba ligado con un recuerdo de mi infancia; en el fondo del comedor una puerta entornada por donde se escapaba cierto olor de cera encendida; creía percibir muy apagados, muy silenciosos, unos gemidos. Un desamparo frío y mudo reinaba en todas partes; los antiguos naranjos sacudían de vez en cuando su cabeza amarillenta, como si pensarán cosas tristes, y los jarros de barro colocados en la barandilla del comedor estaban secos; parecía que en largo tiempo no se les había puesto agua...

Busqué dentro de mí mismo un resto de valor y marché de puntillas, teniendo miedo de turbar aquella calma lúgubre; empujé la puerta y entré. Una vela amarilla, cuya gran llama pálida rayada de negro por el pabilo carbonizado estaba próxima a huir, ardía en aquella estancia sin alumbrarla. En el rincón opuesto, un lecho, bajo cuyas ropas se dibujaba débilmente un cuerpo humano. Luisa, de rodillas, escondiendo entre sus cabellos descompuestos, que le caían sobre el rostro, las manos de la enferma, de nuestra madre; la pobre niña quería calentar aquellas manos con sus lágrimas y con sus besos...

Estaban, ¡ay!, heladas para siempre. Me arrodillé en silencio junto de Luisa, y lloré también. Al oír aquel eco de sus sollozos, levantó la cabeza, y sin sorpresa,

sin emoción, como si el dolor la hubiera hecho insensible a toda nueva impresión, me dijo en voz baja: “Hace una hora...”. No pude más. Entró en mis entrañas la gran tristeza de que habla san Agustín y me arrojé sobre aquel cadáver... lo levanté en mis brazos, puse su cabeza sobre mi corazón, le besé en la boca, como si así pudiera infundirle aliento... y luego pegué mi frente contra la pared, llorando como un loco... No la había visto morir, no la había cuidado en sus últimos días, apenas le había escrito... Era mi madre y había velado como un ángel sobre mi cuna, me había dado aquello de que tenía que privar a su hija... y la primera ganancia de mi trabajo había sido para el sepulcro de mis padres. La pobrecita me llamaría, llamaría al pobre huérfano que había recogido entre dos ataúdes, al adolescente que había sabido convertir en un hombre... y lo único que me había pedido en su vida de adoración por mí, era una pieza de música para cuando se acercara la muerte... Y yo... yo estaba de rodillas ante una mujer que no me amaba...

Porque Emilia no me ama, ¿es verdad, hermanos míos? Algo me lo dice en mi corazón, ¿será la voz de la muerte?...

Si Emilia me amara. ¡Oh!, díganme ustedes si me ama; dímelo, Félix, tú que lo sabes todo, ¿se olvida de mí, llorará por mi pobre madre?...

Luisa seguía llorando muy bajito... muy bajito... muy en silencio, como si temiese despertar a su madre... Al cabo de cierto tiempo entraron algunas personas; eran el padre de Eduardo y dos o tres de sus hijas que venían a acompañar a Luisa.

El buen señor me saludó afectuosamente, se arrodilló un momento, y oró. Luego dirigió a la huérfana algunas palabras trémulas de compasión y de ternura y, limpiando una lágrima que corría por entre su barba cana, se retiró silenciosamente para que vistieran el cadáver. Yo le acompañé.

Luisa, el padre de Eduardo y yo compusimos todo el séquito de mi madre en su marcha para el camposanto. El mar, un poco picado, lamía la playa con plañideros rumores; los rayos del sol, suspendido apenas sobre el horizonte, herían oblicuamente las olas, descomponiéndose en chispeantes cascadas de fuego, franjadas de blanquísima espuma. Las sombras de los conductores del ataúd y de nuestra carretela se prolongaban sobre la arena barrida a intervalos por los primeros soplos del norte. Los penachos de las palmeras se agitaban por momentos, y luego entraban en reposo exhalando tenues suspiros de dolor. Nos internamos un poco y llegamos al cementerio, en cuya puerta un poeta de ardiente inspiración ha escrito:

Postraos, aquí la eternidad empieza;
es polvo aquí la mundanal grandeza.

Después de colocado el ataúd en su fosa, un sacerdote levantó al cielo sus plegarias por aquella santa que nos abandonaba para siempre. Algunas hojas secas de las que tapizaban el suelo cayeron dentro del sepulcro antes del primer puñado de tierra. Después todo desapareció. Luisa y yo permanecimos de rodillas hasta el postrer instante; yo no podía contener mis lágrimas; ella no lloraba, sus ojos se fijaban obstinadamente en el suelo, como queriendo arrancar del seno de la tumba una última mirada de la que la dejaba sola y desamparada sobre el mundo. Comprendimos que quería desahogar aquel supremo dolor, hablando con la que había partido; era ése el instante de las promesas, el instante del diálogo entre los que han partido y los que quedan. Cuando se tiene el alma pura, Dios nos deja oír las respuestas de los muertos.

El padre de Eduardo y yo nos retiramos a la sombra de la capilla que ocupa el centro del cementerio.

—Antonio —me dijo el anciano—, dos o tres días antes de morir la madre de usted, previendo el caso de que no viera a su hijo predilecto, quise saber su última voluntad, el postrer encargo para quien le debía la vida y la educación, para quien le debía, sobre todo, muchos

años de trabajo y de vigilia, una existencia entera de cuidados maternos...

”La pobre anciana no pudo contestarme una sola palabra... Lloró en silencio algún tiempo, y luego, con la más conmovedora expresión de angustia que podía caber en ojos humanos, me señaló a Luisa, que arrodillada ante una imagen de la Virgen rezaba en un rincón del cuarto... Lo comprendí todo. Yo le traigo a usted, Antonio, esa última súplica de su madre moribunda; allí está a pocos pasos la tumba de los padres de usted; ellos se unirían a mí si pudieran levantarse del sepulcro, para recordarle este encargo sagrado de la que acaba de morir...

”Allí está la pobre huérfana a quien usted prometió llamar esposa... Vivir con usted, como su hermana, no podría, Antonio. Dios bendecirá esta unión hecha en medio de la desgracia; Dios y la mujer a quien, después de Él, debe usted más sobre la tierra”.

Yo no sabía qué responder; me figuraba ver las miradas de mi santa madre clavadas en mí... sabía que mis palabras iban a ser pesadas por el Dios de los buenos; me parecía que el viento se callaba; me parecía que se movían las tumbas; la esquila del campanario, movida por el viento, gemía sordamente... ¿Qué hacer? Recordé a Emilia, recordé a aquel ángel caído, para quien mi amor era una redención: comprendí que ese amor es

de los que viven eternamente, de los que ya nunca se borran del corazón... y habría querido morir...

Después de un rato de silencio doloroso, respondí:

—Me es imposible, señor. Juzgue usted de la pasión que me tortura el alma, por este sacrilegio de rechazar los ruegos de mi madre muerta. Luisa y yo seríamos muy infelices.

Sin variar su afectuoso tono, el padre de Eduardo repuso:

—Pertenece usted, hijo mío, a una generación que proclama en todos los idiomas y en todos los templos el culto del amor... Y la primera pasión sensual de esas que secan lentamente el corazón, de esas que queman uno a uno todos los perfumes sagrados de la juventud y la inteligencia, ésa se llama amor; en ella se concentra la gran misión del hombre sobre la tierra, y por ella el joven se cree un sacerdote. No me interrumpa usted, Antonio, lo sé todo; sé quién es ella, y quería saber quién era usted. No me hable usted del espíritu, porque quien puede concebir un gran amor espiritual y santo, ése puede concebir que, sobre todas esas grandes pasiones que convierten en lava nuestra sangre, hay algo mucho más grande, mucho más augusto: el deber.

Yo estaba anonadado. Aquel anciano se convertía en mi juez, en mi acusador; su voz sonora y poderosa tenía una vibración particular en medio del campan-

to; su espaciosa frente, sobre la cual se arremolinaban largos rizos plateados, se erguía ante mi cobarde corazón, como si fuera la de un enviado de Dios... Y sin embargo no tenía razón; mi amor por Emilia era la comunión de dos almas... Como si respondiera a mi pensamiento el padre de Eduardo prosiguió:

—El cumplimiento del deber, ése es el verdadero culto de Dios; ésa es nuestra verdadera misión; así, tal vez la unión del alma de usted con la de una linda persona no se realizará, pero se realizará la unión del alma con el Creador, en el sagrario de la conciencia...

”Cómo, ¿el amor del espíritu es el que le vuelve a usted un mal hijo? ¿Ese amor que levanta el alma hasta el cielo no le deja ver lo que tiene de goce profundo y puro un sacrificio hecho en aras del recuerdo más santo de la vida, del recuerdo de una madre que había usted olvidado, y que ha muerto bendiciéndole?...

”Está bien, Antonio. Dios quiere tal vez vedarle a usted un placer inefable, ignorado casi entre los que proclaman en verso y en prosa la religión del amor: el de la tranquilidad de la conciencia. Está bien, no insisto. Francamente el martirio de una huérfana loca de amor por usted me ha hecho acaso traspasar los límites de mi encargo. Perdóneme, Antonio; es así mi temperamento, y sufro como una mujer ante un dolor ajeno; adiós, yo cuidaré de Luisa, y que el cielo nos proteja a todos”.

—Tenga usted, señor, la bondad de hacer todos los preparativos para mi matrimonio con Luisa... —le dije maquinalmente.

Iba a responder, cuando vimos venir a la huérfana hacia nosotros: no sé si había oído, o si había adivinado.

Nos estrechó con un ademán de reconocimiento inmenso las manos a mi protector y a mí. Después de una pausa forzada, porque apenas podía hablar, nos dijo:

—Acabo de hacer a mi madre una promesa, y un juramento a Dios. Quiero noticiárselos, a ti, que eres mi hermano, y a usted, señor, que ha sido mi padre: mañana mismo empezaré mi noviciado en las Hermanas de la Caridad.

Guardamos profundo silencio los tres. Entré a la capilla como un demente, sin saber qué sentía yo, ni qué hacía.

Cuando salí, el anciano me dijo:

—Vámonos, su resolución es irrevocable.

Un relámpago de alegría involuntaria cruzó por mis ojos.

¿Luisa lo vio? ¡Quién sabe!, pero el llanto comprimido en su corazón corrió a mares por sus mejillas pálidas y fatigadas. Adiós.

Antonio

VI

Una larga y dolorosa calma es el fondo de mi vida presente. No sé por qué, sintiendo que cada día amo más a Emilia, ya no me siento como en otro tiempo feliz; ya no tengo conciencia de mi ventura, ya no tengo fe en mi amor. A fuerza de quererla con una pasión que crece por minutos como una corriente volcánica, me siento alejado de los demás; me siento capaz de odiar a los otros.

¡Ay!, qué cierto es que en la copa de la vida sólo nos son dulces los bordes. ¿Será porque, mientras mi amor tomaba las proporciones de una obra de redención, arrastraba yo al sacrificio, que sólo debió ser mío, a los seres que más sinceramente me amaban en esta vida? No sé, pero la expresión dolorosa del rostro de mi madre muerta se ha petrificado, por decirlo así, en mi memoria, y la sonrisa sublime de resignación y de tristeza de Luisa, cuando por última vez la vi vestida con el hábito humilde de las hijas de san Vicente; sus poéticos ojos velados por la sombra de su tocado blanco; su figura angelical en medio del oratorio, rodeada de una mul-

titud de niños arrodillados que tal vez no comprendían su oración, pero que sí se conmovían con sus lágrimas, se interponen a veces entre Emilia y yo, como una nube entre el hombre y el sol.

Algunas veces vagos temores que no me explico, restos quizá de mis horas de agonía cuando supe los amores de Carlos, se agitan y hierven en mi corazón. Pero soy injusto. De este triste estado en que me encuentro tiene la culpa Félix; él me ha dicho que Emilia es una coqueta de la peor especie; porque no lo es por cálculo ni por vanidad, sino por temperamento.

Bien me había dicho Ricardo que Félix nunca conocerá el corazón de una mujer. No está hecho para el amor; es demasiado sabio para eso. Emilia se ha puesto furiosa contra él al saber su opinión: me dijo que quizá tenía razón; pero que se olvidó de averiguar si en una mujer como ella quería decir algo el temperamento cuando hablaba el corazón.

Ese Félix es brutal; si lo que me dijo es cierto, si lo creía así, ¿por qué esa impiedad de desvanecer mis ilusiones, de manchar mis ensueños?... Confieso que sentí cierto placer cuando supe que iba a marchar a la campaña con el cuerpo médico.

El único que podía venir a soñar conmigo sería Ricardo, pero nada sé de él. Sólo por una carta de Félix, fechada en Zacatecas, supe de unos versos suyos que

han llenado de indignación al sabio. ¡Pobre Ricardo!, debe sufrir mucho para escribir así. He aquí algunas de esas cuartetos dolorosas:

Desdéname, yo te amo, mi orgullo está vencido;
 ¡oye mi última súplica, y callaré después!
 No quiero que me ames, ¡ay!, no, yo sólo pido
 besar arrodillado las huellas de tus pies.

Es cierto que es horrible sentir que se nos muere
 el corazón, soñando con su imposible amor,
 pensar que son sus besos del hombre que prefiere,
 que partirás con otro tus horas de dolor...

Pero no importa, deja que antes que sucumba
 contemple de tus ojos la luz crepuscular;
 y tu mirada única recordaré en la tumba,
 para alumbrar con ella mi triste eternidad.

“Di a Ricardo —me escribe Félix— que cuando se hacen versos semejantes no se inspira compasión, sino desprecio; que está bueno que amen de ese modo las mujeres o los menguados; pero un hombre, jamás. El orgullo en los tontos se llama vanidad; pero en las personas de talento se llama dignidad. Yo comprendo —añade—

que se doble la frente, nunca la rodilla, ante una gran idea o un gran sentimiento; pero ante una chiquilla más o menos casquivana, sólo porque tiene los ojos lindos y la boca risueña, eso se llama prostituir la poesía, que es un don admirable del cielo, y bajar al cieno nuestro espíritu, que es la misteriosa predisposición del cerebro para reflejar a Dios. Cuando un poeta no puede cantar sino endechas cobardes, que cuelgue su lira hasta que haya aprendido en el trabajo y la desgracia a mirar el sol de frente como las águilas; así habrá menos elegías, pero más inspiración”.

Estoy trabajando mucho. ¡Qué dulce es la palabra “gloria” en la boca de Emilia! Sí, la tendrá, y a mi primera corona de laurel quedarán enlazados los azahares nupciales. Hacer una ópera ha sido el ensueño de toda mi vida; dar forma a mis suspiros y a mis ideas, a mis sueños inquietos, a mis aspiraciones, a mis tristezas; anotar como un débil eco la voz de la Naturaleza, que se queja en los bosques y ríe en las fuentes, que ruga en los mares y besa en las brisas; sorprender algunos acordes modulados en el arpa misteriosa de la noche; articular alguna de esas palabras que vienen a veces de no sé qué horizontes perdidos, como si los ángeles al pasar por nuestra atmósfera impura dejaran caer sus ayes como notas en las almas y sus lágrimas como perlas en las flores...

Y encerrado todo en los ritmos sublimes cantados por el amor en mi corazón; en mi corazón, que se exhala en una plegaria cuando estoy lejos de ella, o se desborda en una aleluya gigante de pasión y de vida cuando me da todos sus besos en una mirada y toda su alma en un beso.

Emilia y yo tuvimos al mismo tiempo la idea de que mi nueva ópera fuese la traducción musical de la tragedia divina de Shakespeare, *Romeo y Julieta*. Otros lo han intentado ya. Bellini ha derramado en esa copa de oro algunas de sus lágrimas melódicas y puras; pero la musa femenil del cantor de *Sonámbula* no pudo nunca asimilarse a la energía suprema de aquella pasión poética, ardiente, inquieta y loca como los quince años, sensual a un tiempo y dolorosa; perfumada con todos los perfumes de la vida y de la muerte, mezclando el olor de los blandones con el aroma de los limoneros en el retrete nupcial de Julieta, y embalsamando las brisas del cementerio con el aliento voluptuoso de la desposada, que busca sobre los labios de su amante el último soplo del amor.

El único poeta cuya tristeza es superior a la alegría de los otros es Jeremías, que concentró en sus entrañas los lamentos de un pueblo entero, y que de dolor en dolor asciende sobre las multitudes humilladas, para percibir, como un eco de sus gemidos, la voz del porvenir.

A Félix se le figura que los poetas dejan de ser hombres, y no ha visto, en la fuente de todas las grandes revelaciones de la poesía, un dolor íntimo y desgarrador. Me sorprende sin embargo que hable del espíritu y de Dios.

JULIETA (*queriendo beber en la copa del tósigo*). —¡Avaro! Lo apuró todo... ¡Nada me ha dejado!, ni una gota siquiera de este licor amargo que debía ayudarme a salir de este mundo. (*Arrojándose sobre el cadáver de Romeo*). Besaré esta boca; quizá quede en ella un poco de veneno; lo recogeré y moriré feliz. ¡Qué calientes están tus labios!

Bello lugar de trabajo es este pueblecillo delicioso. Me encuentro rodeado de todo el boato de la primavera. Mi ventana, con su marco de enredaderas, salpicada de campanillas azules y rojas, se abre sobre un panorama adorable. La luz se derrama por los bordes de la copa azul de las montañas, en cuyas cimas se cruzan las más caprichosas ondulaciones, y por cuya falda tiende su manto de colores la vegetación. Los ángeles sacuden su rubia cabellera en la llanura. Hacia el oriente, por entre grandes sábanas de bruma, alza su pirámide de cristal el Popocatepetl, y en el profundo azul del cielo se bosquejan las rayas negras y fugaces que trazan en su vuelo las golondrinas.

A Emilia le encanta la música inspirada por su recuerdo en medio de esta magnífica naturaleza, que se

siente vivir en todas sus moléculas con la vida feliz del amor y de la juventud.

Por la noche, a veces acaricia mi frente un soplo tibio que viene de lo infinito y que me recuerda las caricias de mi pobre madre. Dejo entonces a mi piano exhalar de sus cuerdas una oración por la ausente, que poco a poco, y sin quererlo yo, se transforma en el *Quinto nocturno*.

Obstáculos imprevistos, afanes que es necesario sentir para conocer, luchas con todos los que debían cantar, tocar, dirigir, arreglar la representación de mi ópera; de todo he salido triunfante. Emilia quería gloria mía, y la tendrá. Me siento un gigante. Nunca olvidaré que el padre de Eduardo puso a mi disposición todo el dinero que para llevar a cabo mi empresa he necesitado.

¡Dios lo bendiga!

Han causado gran sensación los anuncios. Los periódicos me profetizan la victoria. Emilia está radiante de alegría. Los cantantes han ensayado bastante bien. Veremos. Llevaré en mi cartera nota de mis impresiones.

Hoy es el gran día. Emilia ha estado arrebatadora conmigo. Ha llorado en mis brazos de pasión y de orgullo. Soy feliz. La noche se presenta muy bella. Habrá teatro

lleno. Tendré que ponerme el frac por si me llaman a la escena; pero dirán que iba yo prevenido... No le hace. Siento que la sangre me salta en el corazón por momentos, y otros parece que se paraliza la sangre en mis venas. Tengo vértigos. Estoy asustado, inquieto... Éste es un suplicio en el umbral del paraíso.

Se llenan los palcos. Hay mucha gente en el patio. Emilia está vestida de blanco, con flores y adornos rojos. Una *toilette* rica y sencilla. Está divina. ¡Qué seno! ¡Qué cuello! ¡Qué boca de aurora y qué ojos de ángel! Todo el mundo se fija en ella. Estoy celoso, contento.

La obertura ha pasado entre el bullicio de los que toman asiento, de los que saludan, de los que se colocan cómodamente, de los que ven a los palcos. Me llega hasta los bastidores en que estoy oculto un zumbido inmenso. Me tengo que apretar las sienes porque me parece que mi cráneo va a estallar. Tiemblo como un niño. El telón.

Nadie ha oído sin duda el primer acto. Tengo rabia. La soprano está ronca. El barítono no sabe mover un dedo. El segundo acto levantará el ánimo de ese monstruo que se llama el público.

En mi casa solo y sin poder llorar. Un pequeño aplauso a las bufonadas de Mercucio. ¡Y eso fue todo! ¡Y la romanza de Julieta, y el dúo divino del balcón, y el aria final! El aria final no se oyó, porque estaba el teatro vacío. Algunos fueron a consolarme al foro. Y yo casi sonreí. Agonizaba. Un maestro afamado me dijo que yo había hecho una enorme paráfrasis del *Quinto nocturno* de Leybach. ¿Será cierto? Es extraño.

Tuve valor para ofrecer mi brazo a Emilia. Se apoyó en él convulsamente. Sus palabras iban a ser un bálsamo para mi incurable herida:

—Me ha puesto usted en ridículo —me dijo.

VII

Tengo horas alegres en medio de mi existencia de desencanto y de tedio. Esas horas que llamo alegres, porque no encuentro otra palabra con que calificarlas, son aquellas en que siento elevarse en toda su majestad la conciencia de mi dignidad de hombre, por sobre mi corazón, como una de esas augustas estatuas antiguas que se levantan sobre un sepulcro. En esos instantes siento la fuerza de analizarme, de disecarme, y encuentro que mi amor, fe y religión de mi juventud, ha muerto, pero con el noble continente de los gladiadores en el Coliseo. De todos mis pensamientos saco esta consecuencia: hice bien.

Ahora que todo ha pasado para siempre, recuerdo, con cierta especie de complacencia dolorosa, cada uno de los incidentes de este largo sueño de mi entendimiento, ahogado por el torrente de pasión que pugnaba por desbordarse en lo íntimo de mi naturaleza. Decía bien Félix.

Si yo pudiera dormir, sería dichoso. El opio hizo al principio algún efecto sobre mí; pero hoy necesito

enormes cantidades para dormitar algunos minutos. Antes, cuando soñaba con ella todas las noches, no dormía tampoco. La actividad de mi amor tomaba proporciones inmensas durante mi insomnio; pero era feliz. Vivía toda mi vida en algunos meses de fiebre. Sabía que estaba mortalmente herido en las arterias de mi corazón; y el aneurisma, que llamaba en mi delirio: “nuestra hija primogénita”, me sonreía como una virgen pálida, herida en el seno por uno de los punzones de oro de Emilia.

Siento cómo van gradualmente hinchándose las membranas parietales de la aorta; siento el golpe de la ola de sangre; cuando me agito un poco me viene una poca a los labios, tengo ganas de gritar para respirar y me parece que Dios hace en mi derredor el vacío material como hizo ya el vacío moral; pero pasa la sofocación, y me encuentro casi bien, a fuerza de serme todo indiferente.

No me gusta esta vegetación de la tierra caliente tan exuberante, tan enmarañada, tan llena de perfumes que enervan y de emanaciones que matan.

Prefiero las montañas azules del valle de México, con sus aristas armoniosas destacándose en el cielo, envueltas en un ambiente purísimo y mostrando su musculatura robusta y graciosa, apenas vestida con una túnica abigarrada como la saya de una india.

El padre de Eduardo, que se paseaba por Europa, me ha noticiado la llegada de Emilia a París, en compañía de una hermana suya y de su cuñado. Carlos ha puesto a disposición de los viajeros un lindo departamento de la elegante casa que ocupa en la *rue* Chabrol (Passy). Proyectan permanecer muy poco tiempo en la capital de Francia; y

Nos hemos dado cita —dice en su carta mi protector— para octubre, en Nápoles, desde donde nuestro itinerario será el mismo, pues iremos a Liorna a tomar la línea de paquetes para Ismailia, admiraremos a Lesseps y su canal, al Nilo y a las pirámides, y volveremos por Alejandría a Trieste y Venecia, desde donde emprenderemos una excursión por Lombardía, Suiza, Alemania. Ellos se irán a esperar el próximo invierno a París y nos separaremos en Bélgica, pues sabe usted que quiero conocer a esa prodigiosa Holanda. No me disgusta viajar mucho tiempo en compañía de esta singular criatura tan perversa como bella. La estudiaré y contaré a usted mis observaciones.

En fin, vivamos lo más que se pueda. Vivamos solos, abandonados y tristes; Félix ha prometido transmitirme sus impresiones de la campaña; Ricardo, sus impresiones poéticas. Pobres amigos míos, en un momento

ha cambiado para mí la faz del prisma. Ayer era yo más poeta que Ricardo, y hoy soy más escéptico que Félix. Éste estudia para encontrar la verdad, el otro siente la verdad de lo bello; yo no creo ya ni en la verdad ni en la belleza; mejor dicho, no me importa que todo exista: a mí ¿de qué me sirve? Mi única diversión es componer danzas habaneras. ¡Y yo me sabía apasionar oyendo una fuga de Sebastian Bach!

Arte, talento, gloria; grandes días de trabajo en el pasado, algunos de dolor en el porvenir; afortunadamente no me quejo a nadie. Si en esos días se me preparaba mi martirio, también germinaba mi recompensa. La víspera de mi desengaño era el día siguiente de la formación de este mi querido aneurisma.

¡Oh! ¡Admirable, tres veces admirable Providencia!

Yo nací irónico; desgraciadamente, también nací poeta. Por eso, mientras estuve enamorado de Emilia, temblaba ante la sociedad que desfilaba a mi vista, como un niño frente a una procesión de santos; algunas veces mis ojos se levantaron y vieron, y en nada estuvo que estallara yo en una carcajada homérica; pero me contenía y me reprochaba mi crimen. El medio en que vivía Emilia estaba bañado en el oro inmaculado de su irradiación; mas el día en que toda aquella aureola se redujo hasta no tener otros destellos que los estambres

dorados de las flores de trapo del peinado de mi amada; el día en que comprendí, como el *Wallenstein* de Schiller, que lo bello había desaparecido de mi existencia para nunca volver a ella, sentí venir al primer término de mi imaginación todos aquellos personajes que en México se apellidan aristócratas o demócratas, y que no son sino los farsantes de una comedia en la que cada uno hace de caricato y todos de espectadores.

Del último baile a que concurrí en México, pude sacar una buena cantidad de datos, que de buena gana comunicaría a Félix para sus cartones. En esa ciudad, por regla general, cuando una persona no es hipócrita, es desvergonzada. Es una sociedad que en sus horas de fastidio piensa en el modo de prostituirse, y en sus horas de placer pone en práctica sus reflexiones, lo que es muy divertido.

Algunos se llaman aristocracia, y cuidado si tienen ínfulas. Lavater habría encontrado, para sus fisonomías, un campo admirable entre ellos. Por supuesto que los antepasados de estos señores fueron usureros, abarroteros, pulqueros, y otras terminaciones de este jaez. Y, cosa rara, algunos de esos encopetados, que tienen de veras sus pergaminos y blasones, son gente campechana e ilustrada, mientras que los de anteayer, y los de ayer, señores adjudicatarios y otros, son más pomposos y soberbios que el zar de todas las Rusias.

En cuanto a costumbres en esa gente, sólo me basta recordar que una vez, alentando a un muchacho amigo mío a que atacara en el teatro esa lepra del adulterio, que ya nadie podrá contener en mucho tiempo y que mina la raíz de la sociedad con una rapidez que sólo los ciegos no ven, me contestó: “No puede abordarse esa cuestión por una sola fase sin que todo el mundo no vea en ello veinte alusiones personales”.

En la clase media no hay la cantidad fabulosa de tontos que entre los señorones, y hay más instrucción y más virtud, de pura necesidad; pero que caiga en manos de uno de ellos una casa, o dos, o diez, porque son muy hábiles, y ya entonces son aristócratas. La clase baja, como llama en México la gente decente a los pobres, lo cual es graciosísimo, está dispuesta a subir toda la escala. Y ve usted unas niñas que parecen ángeles bañados de polvo de arroz, seguidas de las otras que se blanquean con albayalde, las cuales preceden a la costurera que se amuralla con una costra de caliza, lo cual es muy divertido también. Mas no es lícito desesperar, recordando que, entre ese barro, se levantan las flores más puras de la tierra.

Me han enseñado un retrato de Luisa con su vestido de hermana de la Caridad. ¡Ah!, ¿por qué no te amé a ti, que eras la felicidad?... Todavía... ¡quién sabe!

Antonio querido:

Fiel a mi promesa, te escribo ésta desde Guadalajara, cuando apenas me dan un poco de descanso las tristes ocupaciones que nos ha legado la última sangrienta campaña. Quizá, ahora más que nunca, podrás decir que he cambiado. ¿Soy mejor o peor? Lo ignoro; pero siento un trastorno interior, del que quiero darte cuenta, porque, si no me equivoco, proviene de una causa cuyo conocimiento te ocasionará honda sorpresa.

El 18 del pasado mes, las ambulancias, tres o cuatro hermanas de la Caridad y la sección del cuerpo médico, que sigue a esta división de operaciones, cubiertos por una fuerte escolta, nos adelantamos hasta el pueblecillo del Rosario, en que debíamos establecernos durante el combate, que de seguro tendría lugar el día siguiente, y que en realidad había empezado ya. Desde el principio de la noche, un medio batallón conducido en la grupa de un escuadrón de caballería había recibido orden de desalojar del pueblo la vanguardia enemiga, y de mantenerse a pie firme mientras llegaba el grueso de nuestras fuerzas. Era ésta una operación sólo practicable de noche, y con gran rapidez y precisión, porque las fuerzas contrarias podían advertir el pequeño número de los asaltantes, y cargar sobre el poblacho todo el empuje de su gente.

Desde que supimos el feliz éxito de la maniobra, nos pusimos en marcha, precediendo cerca de una hora al general en jefe.

Las hermanas venían envueltas en sus capotes sobre los coches de la ambulancia, y nosotros a caballo. Sólo se oía el rumor de los arroyos que, acrecentados por las lluvias, cruzaban las pendientes del camino en todas direcciones; de vez en cuando, las ráfagas del sur nos traían gruesas gotas de agua, que se estrellaban en nuestros capotes de hule, y el eco lejano de la gritaría de los soldados mezclado al ruido de la fusilería, semejante al que producen al correr por entre piedras muchas carretas; el camino estaba negro, y negro el cielo. Solamente sobre las aristas de las montañas del este corría una gran faja lívida, anuncio triste de la aurora. El galope flojo de los caballos agregaba una monotonía lúgubre a aquel cuadro, que más bien se sentía que se veía.

La viveza creciente del fuego nos anunció la aproximación de la aldehuela. En breve tiempo quedamos instalados en la casa cural, perfectamente abrigada de las balas por la iglesia, y empezamos a recoger heridos, que eran abundantes, porque la acción había sido muy reñida. Nuestros soldados se habían parapetado en las casuchas más avanzadas del pueblo, y desde allí recibían el fuego constante del enemigo. Acompaña-

do de una joven hermana de la Caridad, que se empeñó en salir, y de algunos soldados con antorchas, empecé a recorrer el teatro del combate. Daba lástima aquel espectáculo. Yacían en confusión los caballos y los hombres, muertos o heridos. Por aquí luchaba un caballo por arrancarse del suelo, hincando en él sus dos pies delanteros, y pugnando silenciosamente por arrastrar su vientre destrozado y sus ancas fracturadas. Por allí un dragón tendido, con la cabeza estrellada en el suelo, y los pies aún medio enganchados en los estribos de su cabalgadura muerta; más allá un grupo de cadáveres, casi todos con los brazos extendidos y las facciones crispadas por la última convulsión; y los heridos arrastrándose dolorosamente por la tierra, o arrojando lastimeros quejidos, unos pidiendo agua y otros pidiendo la muerte.

La mujer que me acompañaba estaba densamente pálida, y su palidez hacía como una mancha blanca en la sombra. Seguramente la luz de nuestras teas llamó la atención del enemigo, pues el ruido especial de las balas de rifle empezó a multiplicarse en nuestro derredor. Empezábamos a retroceder, cuando tropezamos con un oficial que, por el uniforme, parecía ser del enemigo, y que estaba casi en pie apretándose con las dos manos el vientre. Evidentemente quería levantarse y marchar. Su rostro, trigüeño y brutal, estaba amarillo como la

cera, y sus mandíbulas contraídas indicaban un esfuerzo espantoso para contener un grito de dolor. Su frente estaba bañada en un sudor frío y espeso. Tenía una bala en el estómago. Nos acercamos a él; sus ojos vidriosos y dilatados se fijaron en la hija de san Vicente, y aquellos labios contraídos se abrieron para articular una blasfemia repugnante. Tembló un momento la pobre niña, y apenas pudo murmurar con una voz suave como el roce de un ala: “Hermano mío...”.

Tentado estuve de hacer conducir por la fuerza a aquel miserable; pero comprendí que era inútil: no tenía más que algunos minutos de vida. Uno de mis soldados había caído herido, y era preciso decidirse a alguna cosa. Rogué al oficial que se dejara conducir por unos cuantos pasos a un lugar más abrigado, y su respuesta fue una blasfemia mayor que la primera. Pero como si aquellas palabras hubiesen agotado su fuerza ficticia, se desplomó en el suelo.

La hermana se arrodilló a su lado. El oficial la veía con sus grandes ojos estúpidos. ¡Ella rezaba por aquel moribundo! Pero había tanta unción, tanta súplica, tanto amor en aquella oración, que las facciones del infeliz se suavizaron y una lágrima bañó sus ojos. La hermana tenía una cruz de madera en una mano. De repente su brazo cayó inerte, y una desgarradora impresión de sufrimiento se dibujó en su fisonomía celeste. Pugnó

maquinalmente por sacar el otro brazo de debajo de la cabeza del herido; pero éste murmuró, más con las entrañas que con los labios: “Me muero, la cruz”. Y aquella santa, convulsa de dolor, levantó su brazo y puso la cruz sobre la boca del agonizante. No pudo más; su cabeza vaciló, y cayó sin sentido al lado del oficial muerto. Una bala le había fracturado el hombro derecho. Yo hubiera querido arrodillarme y adorarla.

Luego supe su nombre: es Luisa.

Félix

VIII

La marea sube, sube, decía Thiers el año de 1848, queriendo poner a flote una tabla siquiera del trono de Luis Felipe; una suprema concesión liberal, para ver salvar sobre ella a la monarquía francesa. A mí me sucede al contrario: me siento bajar y bajar. El mar de mi vida es monótono y tranquilo como todo lo que se compone de fastidio. Es una charca de arena de esas que llaman en la costa tembladeras, en donde pone uno el pie y se va hundiendo, hundiendo, a cada movimiento de desesperación, a cada esfuerzo, a cada latido del corazón, hasta que, sepultándose debajo de aquella superficie hipócrita, para la muerte todo movimiento en nuestro cuerpo.

Lo triste para mí es que huyen mis creencias, que me abandona mi fe, que mi juvenil melancolía, dulce y pura como un crepúsculo matinal, no tiene ya esperanza; que he llegado ya a la tarde, que ya no creo en la venida del sol, que la pequeña raya de luz que marca como con un cinto de oro los límites de mi razón es la última, es el rayo postrero que se muere; y vendrá luego

la noche ciega, la noche de la negación. Con un poco de las tinieblas que hay en mi interior, me bastaría para enlutar al mundo; y allá en el fondo de esa noche, solo y silencioso, bajaré un peldaño más del abismo, y nadie, nadie volverá a acordarse de mí. Ni tú, Emilia, en el trono del placer, ni tú, Luisa, en el calvario del sacrificio. Me lastima mucho pensar; es lo único que me ha quedado, porque sentir... ya no siento nunca.

¡Ay!, si por ventura mi hermana estuviese aquí... Mis amigos, el sabio y el poeta, me acompañan de vez en cuando con sus cartas. Ricardo me ha escrito, de Félix nada he vuelto a saber.

Bueno es dejar aquí, en estas confesiones, consignadas algunas de los que han sentido y sufrido conmigo. Con razón se ha dicho que el patrimonio de la humanidad es el dolor. Los sectarios de Buda dicen que la primera de las felicidades es la de no nacer, y la segunda, la de morir joven. Si alguno pudiera oír una plegaria, yo pediría constantemente esa segunda felicidad. Afortunadamente mi providencia ha tomado la forma de un aneurisma en la aorta.

He aquí algunas confidencias de Ricardo, del poeta:

Los muertos, Antonio querido, van aprisa; y este pensamiento francés, medianamente traducido al castellano, es una verdad para todo lo que se muere, lo

mismo un hombre que una flor, o un ensueño; desde que nos hemos separado, cuántas ilusiones han encontrado un sepulcro, y algunas hasta un epitafio en verso, en esa gran necrópolis que se llama el corazón.

Hace algún tiempo te hablaba yo de una mujer a quien creía amar. ¡Quimera! Hoy me avergüenzo de aquella debilidad. Las palabras duras de Félix sobre unos versos míos hicieron un foco de luz en mi alma, y luego la luz ha bañado mi vida por entero. Aquella mujer que revestí con formas ideales era, perdona la frase familiar, *bella e bestia*, como dicen los italianos, y no *tan* lo primero como *tan* lo segundo. ¿Qué fue, pues, lo que encontré en esa mujer para haberme detenido a soñar una hora delante de ella? No es una forma capaz de hacer pensar en ninguna *madonna*, ni en cosa que se le parezca. Tú sabes que lo primero que pedimos a una mujer que se cruza con nosotros en el sendero de la vida, es una fuerte impresión sobre nuestra naturaleza artística. Ésta apenas tiene un poco del salero de las jarochas, y nada más; pero qué lejos está de ese tipo elegante, nervioso y puro, ideal del tipo femenino en México, destinado a immortalizarse, tal vez, bajo el pincel romántico de Manuel Ocaranza. Y en cuanto a la parte intelectual, sólo te diré que el hombre de cerebro negativo de que me hablas es un cicerón al lado de *ella*.

¡Pobre niña!, ella nunca leerá estos renglones, quizá dictados por el orgullo humillado, y por eso a ti sólo te los confío. Por lo demás, creo que será una buena esposa, en lo que cabe, porque tiene las dos tonteras, la de la cabeza y la del corazón; involuntariamente aquellas palabras de Espronceda se me vienen a la mente:

Es la mujer, ángel caído,
o mujer nada más y lodo inmundo,
hermoso ser para llorar nacido,
o vivir como autómatas en el mundo.

Y que esta chica no es ni hermoso ser, ni ha nacido para llorar... es de pública opinión y fama.

Perdonemos el pequeño arañón que hizo la polilita insustancial en nuestro corazón, porque ella no tuvo la culpa de que, en el momento en que pedíamos a Dios y a la naturaleza un ser a quien consagrar el mundo de pasión cuyos gérmenes hervían en nuestra alma, tropezásemos con su vestido de seda. Perdonémosla en nombre del santo y verdadero amor de la vida, del amor que se presiente primero y que penetra en nuestro propio ser, acompañado de no sé qué intuición vaga de la eternidad, de no sé qué perfume del paraíso. Créelo, hermano mío, yo he temblado ante esa luz que ha venido para mí de los horizontes de la

gloria; he temblado de miedo al pensar que su mirada azul y profunda no se detendría en mí; con una sola de esas miradas reflorcerá mi existencia; con un solo rayo del sol hace el mundo su primavera. Esperemos y amemos. La esperanza y el amor son las dos alas con que el alma humana, ave viajera del infinito, se levanta hacia Dios.

Es tan bella, tan buena, tan pura. El cáliz de la vida presentado por las manos de ese ángel debe ser apurado con deleite. Félix y tú la conocéis. Una vez la vimos llegar a la iglesia, y nos quedamos los tres mudos de emoción al contemplarla; su cabellera de oro, su frente de artista, sus ojos “émulos de la llama del zafiro”, como dice Andrés Bello, su boca de aurora; yo no sé qué ambiente de religión y de poesía que la rodea nos la hizo aparecer como una ilusión, como nuestro ideal enlutado y triste que había venido a sacarnos de la vida sensual para hablarnos de un hogar sereno y de un amor sin lágrimas. Desde entonces no la volví a ver. Recuerdo que aquella aparición me tenía inquieto; me parecía mi vida un insomnio, me sentía fatigado del deleite; los amores vulgares, las caricias voluptuosas, tenían para mí un sabor amargo; la tristeza de vivir se apoderó de mí. Es de esa época esta pequeña composición sobre la cual resbaló tu música melancólica y delicada, como una cascada de perlas en una taza de frágil

cristal. Quiero recordártela para que recuerdes a tu vez
la música y me la envíes...

¡Cuánto se ama en tu regazo blanco
mirándote soñar!
¿Será tu falda vaporosa el nido
del amor inmortal?
Me siento heroico y joven, amor mío,
con tu ardiente besar;
siento en olas la savia de la vida
mi vida penetrar.
Nuestra raíz hundamos del deleite
en el inmenso mar,
vivamos en un' hora nuestra parte
de vida universal.
Y los candentes labios se buscaron
trémulos de pasión...
¿Por qué una voz dentro del alma mía
murmuraba: *Ésa no?*

Seguí buscando, y cerca de mi alma
un arcángel pasó...
¿Quién no ha visto en la hora de las lágrimas
pasar esa ilusión?
El beso de sus ojos de zafiro
duerme en mi corazón,

como en el cáliz del estéril cardo
duerme un rayo de sol.
En el templo la nube del incienso
que su frente veló
sobre aquella paloma parecía
un ala del Señor.
La seguí, la busqué, pedila al mundo:
nadie... Pedila a Dios...
Alcé la frente... En el zafir cruzaba
fugaz exhalación.
No sé por qué, pero un dolor inmenso
en el alma sentí...
Lejana voz en mi interior lloraba
murmurando: *¡Ésa sí!*
Desde ese día cuando miro al cielo
aparto el cáliz del placer de mí,
¿Por allí se perdió?, pregunto a mi alma,
y el alma me responde: *Por allí.*

Ricardo

Mientras Ricardo llora, yo me desespero. He sido arrancado de mi letargo por la picadura de una víbora. Félix me ha escrito. Félix ama a Luisa. Está dispuesto a ofrecerle su mano cuando sus votos se hayan cumplido. Eso no; yo lucharé, yo la apretaré contra mi corazón

con mis crispadas manos. No creía que la amaba tanto; pero ahora que voy a perderla, ahora que mi amigo, el que se decía mi hermano, la quiere arrancar a mi última esperanza, a mi lecho de agonía, a mi solitaria tumba, me siento gigantesco, indomable y salvaje para disputársela. No será suya, no; los muertos son sagrados; caiga el anatema sobre el que arranque del dedo de un cadáver el anillo nupcial, depositado por el amor en la vida; maldito sea el que robe sus flores al ataúd para deshojarlas en la copa de los goces de este mundo; y bien, ¡yo soy el ataúd, el cadáver soy yo!

Yo la amo, esa mujer es mía; de ese corazón nadie arrancará mi imagen; de ese pasado nadie borraré las lágrimas, los dolores de una gran pasión; ella al sentirse abandonada se arrojó en los brazos de Dios. Al sentirse amada de nuevo, Dios la devolverá a mis brazos. Dice Félix que Luisa será su redención; que es ya el culto de su alma. Pues bien, yo soy el culto del alma de Luisa; yo se lo recordaré de rodillas; yo pondré mis labios sobre sus pies de santa; yo le pediré, en nombre de los sueños divinos y puros de nuestra infancia, un poco de amor, un poco de misericordia. Pobre hermana mía, tú me oirás, tu manecita de ángel que antes me abría las puertas del hogar, cuando venía buscando reposo al fin de una jornada de trabajo, me abrirá las puertas del cielo al fin de esta jornada de dolor que se llama la vida.

IX

Como una lámpara que antes de extinguirse parece arrancar de sí misma la mayor cantidad de vida, como si en un segundo quisiera quemar todo el oxígeno del aire, así yo, en una hora de fiebre, he agotado todo lo que quedaba de aire respirable en torno mío, y me consumo, y me muero. Dicen los teólogos que la creación fue sacada de la nada; dicen los sabios que la creación es hija de la luz; ni creo en lo primero, ni me importa lo segundo. Yo he sido creado en la sombra, y de sombras vive mi alma. ¿Es éste el patrimonio de los que han nacido para la rápida vida de los sentidos? Pero ¿tengo acaso la culpa de haber sido hecho de barro? Qué sé yo, ni qué quiero ni qué puedo saber. Soy un espectro rodeado de apariencias. Cada flor es una tumba, cada universo es un panteón; la regia opalescencia del crepúsculo, mentira; “ni es cielo ni es azul”, Argensola lo ha dicho. Tus colores, ¡oh, rosa de los prados!, son una ilusión; tus lágrimas, ¡oh, niña encantadora!, esa gota de topacio que rueda por tus mejillas, es un nido de víboras; acércales un microscopio. Los astrónomos, contempladores del

infinito, gritan: “Mirad el cielo”. ¡Y bien! Esferas y más esferas, grandes cabezas muertas que no me dicen nada, grandes ojos errantes que no tienen pupila, una inmensa monotonía de luz y de movimiento. Si yo hubiera hecho el mundo, habría colocado un inmenso teclado en el centro, y tanta materia y tanta luz, gastada en hacer cosas redondas, habría sido por mí empleada en crear millones de seres de distinta belleza, pero todos normados por el tipo ideal de la mujer; y al compás de armonías incomparables habría lanzado en un vals vertiginoso, por los espacios sin límites, aquel enjambre infinito, y puesto que un Dios pianista no tendría que hacer otra cosa que tocar el piano, yo haría que mis acordes durasen siglos y pondría a mi vals por título: *Eternidad*.

Félix acaba de venir; dice que mi calentura continúa cada vez más fuerte. ¿Por qué no he matado a Félix? Llegué a México resuelto a ello, pero me recibió con los brazos abiertos, radiante de felicidad; parecía como un hombre iluminado por dentro. Está hermoso, fuerte, juvenil; ve con no sé qué cariñosa mirada a todo lo que le rodea; dice que está alegre, como Colón al día siguiente de haber completado el mundo, porque él se ha descubierto dentro de sí un alma. Ha logrado que mi ópera se cante de nuevo, y asegura que el dúo de amor de Romeo y Julieta es una página sublime; la hace ensayar, oye con deleite la música, y está pintando un cuadro verdadera-

mente bello. Las facciones de Luisa han surgido ya del boceto, como una estrella de una nube. Yo me encontré sin fuerzas ante tanta bondad y tanto amor; toda mi desesperación se ha transformado en deseo de morir; sería una crueldad que me sobreviviera mi pensamiento doloroso. Mi imaginación está llena de ensueños enlutados; mi memoria llena de recuerdos, es decir, de lágrimas. Quiero morir entero, y sólo siento que mis frías cenizas vayan a enturbiar la corriente de algún río en la tierra, o a apagar la fosforescencia de una ola en el mar.

Félix me ha dicho que Luisa vendría a verme; no tengo aliento para desearlo. La pobrecilla no ha podido abandonar un momento los quehaceres del hospital, en donde el número de tifoideos aumenta todos los días.

Aquí concluyen las confesiones de Antonio.

El que esto escribe ha logrado adquirir algunos datos, para no dejar flotante el desenlace de este cuento, desenlace vulgar y prosaico si los hay; pero como no se pueden reformar las cosas que en este mundo dependen de la naturaleza humana, con él habrá de contentarse el lector.

Dos hermanas de la Caridad entraron en la habitación de Antonio. Una de ellas era Luisa; la otra era una se-

ñora de alguna edad, muy alta y gruesa, un tanto morena, de maneras en extremo afables y distinguidas, que revelaba en su lenguaje pertenecer a una raza extranjera, y en su mirada a una familia aristocrática.

Mientras Luisa abrazaba a su hermano con efusión, la señora saludó a Antonio con exquisita cortesía y tomó asiento. El diálogo entre los dos jóvenes fue primero animado y cariñoso; pero poco a poco se hizo un tanto difícil. Cuando Luisa habló de su excursión al interior de su campaña, como ella la llamaba, de su herida, parecía evitar las miradas del enfermo, y ni una sola vez pronunció el nombre de Félix.

Antonio la miraba con atención febril, oía su voz con una especie de fruición íntima, y a cortos intervalos recorría su cuerpo débil y flaco un estremecimiento nervioso. Sus pupilas centelleaban como las de los nictálopes, y dos grandes manchas rojas encendían sus pómulos, formando con su mortal palidez un contraste que hacía mal.

La señora a quien Luisa llamaba “nuestra madre”, conforme a los usos de la familia de san Vicente, arrugaba de cuando en cuando el ceño, lo que daba una expresión notablemente enérgica y austera a su agradable fisonomía. Después de un momento las dos religiosas se dispusieron a salir; pero Antonio, como lanzado por un resorte súbitamente distendido, se interpuso entre

ellas y la puerta. Luisa arrojó un grito de espanto, se apoyó en la pared para no caer; la superiora, de pie, en medio del cuarto, parecía la estatua viva del pudor y de la autoridad. Sus palabras fueron vanas; y mientras meditaba en el partido que debía tomar, para no causar un escándalo, a fuer de mujer prudente, Antonio se había apoderado de los pliegues del hábito de Luisa. Palabras entrecortadas hervían en su pecho, y ahogaban su respiración, que se escapaba en sonidos estertorosos de su garganta:

—Luisa, Luisa —balbuceaba—, ¡cómo pudiste abandonarme, cómo pude olvidarte yo! ¿No juramos mil veces hacer de la vida una sola copa para nuestros labios? ¿Una sola corona de espinas o una sola corona de flores? ¿No eras mía? ¿No se lo juraste a Dios mil veces? ¿No recuerdas aquellas noches benditas en que nuestra pobre madre colocaba sus manos sobre nuestras cabezas? ¿No recuerdas que mis amigos de la niñez decían que eras mi mujer? Óyeme, Luisa mía, hermana, esposa mía, no llores, no me tengas miedo: ¿has olvidado cuántas veces nos sorprendió la noche solos y enamorados, por los campos; has olvidado aquella noche en que te besé una trenza? Luisa, Luisa...

La puerta de la habitación se abrió; un hombre densamente pálido apareció en el umbral: era Félix. La superiora se adelantó hacia él; Luisa ocultó sus lá-

grimas, que corrían a mares; Antonio hizo un esfuerzo para incorporarse.

Hubo un momento de gran silencio. La fisonomía de Félix estaba contraída de una manera espantosa; hervía un rugido en su garganta, fermentaba un insulto en sus labios. Antonio dirigía su mirada extraviada en torno suyo. La superiora tomó a Luisa de la mano e iba a salir. Félix entonces las detuvo con un ademán.

—Señora, usted ha visto el insulto, va usted a ver el castigo —dijo sordamente.

Antonio hizo un movimiento, Félix adelantó un paso:

—¡A mi hermano! ¡A un enfermo! —dijeron las dos mujeres a un tiempo, interponiéndose entre los jóvenes.

La voz de Antonio vibró entonces estridente y sonora, como si en un minuto hubieran desaparecido todas sus dolencias:

—Señoras, retírense ustedes, por favor; déjennos solos a mí y a mi querido hermano Félix; me ha matado el corazón, hoy quiere asesinarme sin duda. Vayan ustedes, no tengan cuidado, yo me defenderé; siento que esta fiebre, que este delirio que me consume, necesita el refresco de la sangre. Muy bien, hermano mío, conque cuando yo no tenía nada en el mundo sino esta mujer, pretendías robármela; cuando no tenía sino este primero y último cariño de mi vida, tú querías arrebatarlo a

tu hermano... Y bien, tú me matarás, márame; así quedará mi cadáver por toda la eternidad entre ella y tú...

El desgraciado no pudo más, y cayó desvanecido. Félix también hablaba lleno de emoción:

—No, Antonio, yo no he creído hacerte traición, yo no pensaba que tú la querías aún. Cálmate, hermano mío, repórtate; te estás suicidando: yo te juro que nunca ha oído Luisa una palabra de amor de mi boca; te juro que jamás la oirá, jamás, ¿lo oyes?, jamás.

La superiora arrastró a Luisa fuera de aquel sitio fatal.

Poco a poco Antonio se calmó. Félix le prometió formalmente no volver a ver a Luisa; la femenil naturaleza del enfermo, que lo llevaba de un extremo a otro, recobró rápidamente la tranquilidad y, después de un sueño bienhechor, al día siguiente pudo ir a ver uno de los últimos ensayos de su ópera.

Luisa llegó al hospital transida de dolor, pero silenciosa y resignada. Dos horas después recibió una orden de la superiora para que estuviera dispuesta a partir al día siguiente, a las siete de la mañana, con destino a La Habana, Panamá, San Francisco y Shanghái, en China, en donde debía permanecer indefinidamente. Y reclinó la cabeza sin murmurar una palabra, al escuchar aquella orden, y fue a arrodillarse junto al lecho de

una pobre mujer, cuya convalecencia era preciso atender cuidadosamente.

Empezó a rezar. Muy luego la plegaria triste y pura que se exhalaba de su inocente alma se bañó en ardientes lágrimas que por las manos de la joven iban a humedecer las mantas del humilde lecho. ¿Qué pasaba en aquel corazón, qué sentimientos y qué pasiones asaltarían aquel espíritu, para quien la vida había sido el largo camino del Gólgota? Luisa se sentía satisfecha de su sacrificio; sentía lo complicado de su destino torcer en derredor de ella sus siniestras redes; pero tenía fe en su fe. Ella no comprendía el porqué de tanto dolor y de tanto sufrimiento; pero se resignaba con la más santa resignación que hubo nunca en el espíritu de una mujer. Y, sin embargo, no quería pensar en la serie de acontecimientos con que había tropezado su existencia; no quería, aquella mujer nacida para amar y que había perdido la esperanza de ser amada, no quería pensar en las dos grandes pasiones, suscitadas a un tiempo junto a ella, cuando la ligaban los votos sagrados de la religión; y sin embargo, como si el demonio de la fatalidad interior hubiera detenido el reloj de su vida, en el instante en que le fueron reveladas esas dos pasiones inmensas, se sentía encadenada a su recuerdo por una cadena de hierro, y sufría, sufría buscando el consuelo en la oración; pero el ángel estaba allí delante de ella tendién-

dole la terrible copa, el cáliz de la ineludible amargura de la vida. ¡Pobre Luisa!, tenía apenas veinte años; una angustia mortal la oprimía como si quisiera exprimir de aquel lirio hasta el último perfume, hasta la postrera lágrima. Y seguían levantándose en su interior la imagen del hombre que había amado tanto en su infancia, y la del que iba a amar quizá en sus horas de abandono y de desgracia; y le parecía que aquellos dos recuerdos trababan una lucha a muerte en su corazón, que se iba desgarrando gota a gota. Pugnaba en vano por ahogar sus sollozos; ya no rezaba, estaba entregada por completo a su dolor; de repente, sus lágrimas se secaron, y su pupila ardiente se reconcentró en un punto negro, perdido en la sombra. Volvió a poco a orar precipitadamente, volvió a tener conciencia de sí misma, se pasaba las manos por las sienes como si tuviera miedo, sus ojos se concentraron en la cabeza de la anciana enferma, en aquellos ojos vidriosos, en aquella frente húmeda de sudor, en aquella boca crispada con una sonrisa irónica y horrible. Un grito de angustia desgarradora vino a morir en sus labios en un suspiro. Quiso huir y no pudo: una nube había interpuesto su sombra fatal en aquel cerebro exaltado; una nube que le había ocultado a Dios, que había hecho la noche en derredor de su cruz de martirio. Una voz fúnebre había murmurado en la conciencia de la po-

bre niña: “¿Y si Dios es mentira? ¿Y si todo acaba en la muerte? ¿Y si es inútil tu sacrificio?”.

Era la duda, era la prueba suprema del alma; el ángel del dolor tiene esa estrella negra sobre la frente; todo calvario se nubla un instante con esa bruma impura; en todo sendero de aflicción se abre esa puerta del infierno.

—No, no, Dios mío —murmuraba la joven—, no me abandones, no me dejes la noche en el horizonte, Dios mío, no. Yo no sé, Señor, sufrir tanto; mientras sentía algo como tu cruz a mi espalda, miraba serena el dolor; pero sola, no, sola, no, Señor. Haz la luz en mi corazón; yo acato tus designios, yo bendigo tu providencia. Señor, te he dado mi corazón entero, aunque desgarrado; toma mi vida, Dios mío, ya no puedo sufrir más.

Acudieron otras religiosas hacia el lugar en que se encontraba Luisa. Una hora después decía el facultativo a la superiora:

—No puede esa joven salir mañana; tiene el tifo.

Ha puesto la casualidad en nuestras manos dos apuntes; uno llevado por una hermana de la Caridad; otro por Félix.

Helos aquí intercalados y en un breve extracto:

“Antonio está contento; esta noche se da su ópera bajo magníficos auspicios. Apenas se acuerda de su enfermedad. Ya hace algunos días que nada sé de Luisa”.

“Sor Amparo (Luisa) está algo más aliviada; esta mañana ha hablado en el delirio mucho de su madre y de su hermano”.

“La ópera está saliendo espléndida; hace *fanatismo* en el patio, como dicen los italianos”.

“La calentura presenta alternativas. Apenas puede hablar la enferma. Ha dado a nuestra madre una cruz y un libro, recomendando sean entregados a dos personas. Cree firmemente que morirá. El médico ha decidido quedarse”.

“Flores, aplausos, gritos, ovación inmensa. ¡Pobre Antonio!, tiene con esto para olvidar todos sus dolores. Está radiante de felicidad”.

“Luisa se esfuerza en quitarse con la mano una sombra que pasa delante de sus ojos. Parece comprender las palabras del sacerdote. Ha podido decir un nombre: Antonio”.

“¡Lo que son las cosas humanas! En el momento de la ovación he preguntado a Antonio:

—¿Quién quisieras que estuviera aquí?

—Emilia —me respondió”.

“Todas las Hermanas rodean el lecho de nuestra amiga. Ella parece bañada de luz. ¡Dios la bendiga!”.

“Poco después de las once fue coronado Antonio. Cayó como muerto en mis brazos. Fue un vértigo, porque la alegría no mata”.

“A las once y nueve minutos nuestra santa hermana Luisa entregó el alma a Dios. (R. I. P.)”.

Oye, lector, para tu edificación, este pequeño epílogo. Antonio ha vuelto a sus amores con Emilia, y no se acuerda de su aneurisma. Félix se ha casado con una vieja rica. Ricardo sigue soñando.

El último día de muertos, sólo un hombre fue a arrodillarse en el sepulcro de Luisa, que está en La Piedad, en el prado del centro. Era el padre de Eduardo. Si yo pudiera poner en esa tumba un epitafio, serían sin duda estas palabras de un sabio del Oriente, que figuran en las confesiones de Antonio: “La primera felicidad es la de no nacer, la segunda es la de morir joven”.

NOTICIA DEL TEXTO

Pocas obras del siglo XIX mexicano gozaron de la suerte editorial de *Confesiones de un pianista*. La trayectoria de esta novela corta comienza en la revista *El Domingo: Semanario de Literatura, Ciencias y Mejoras Materiales*, donde se publicó en nueve entregas, del 8 de diciembre de 1872 al 23 de febrero de 1873. Se tiene registro de que fue reimpressa en *El Eco de Ambos Mundos* en 1882. En 1889, el texto se publicó en *La República Literaria: Revista de Ciencias, Letras y Bellas Artes* de Guadalajara. En 1896 —y en las ediciones posteriores— *Confesiones de un pianista* se incluye en *Cuentos románticos*, la primera edición bajo el sello de la Librería de la Viuda de Charles Bouret, México. La segunda edición estuvo a cargo de la Editorial México en 1934. Antonio Castro Leal escribe el prólogo a la tercera edición titulada *Confesiones de un pianista y cuentos románticos* de la Colección de Escritores Mexicanos (Porrúa, 1946). Dos años después, dicha novela corta se recoge en el volumen II, *Prosa literaria*, de las *Obras completas* de Justo Sierra bajo la dirección de Francisco Monterde y Agustín Yáñez.

La edición más reciente de los *Cuentos románticos* data de 1998 y fue publicada por la editorial Factoría con prólogo de Raymundo Ramos.

JUSTO SIERRA
TRAZO BIOGRÁFICO

Justo Sierra Méndez nació el 26 de enero de 1848 en Campeche y falleció el 13 de septiembre de 1912 en Madrid. Humanista, poeta, narrador, historiador, periodista, político y orador, sobresale su compromiso por impulsar la educación en América Latina, entendida como motor del progreso social. El llamado Maestro de América fue uno de los principales promotores de la fundación de la Universidad Nacional de México en 1910. Cabe destacar su reflexión crítica sobre el México de la época, la formación histórica y las posibilidades de desarrollo del país. Pese a ejercer el cargo de ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (1901-1911), guardó cierta independencia intelectual del régimen de Porfirio Díaz, lo que le permitió polemizar sobre el estancamiento social bajo la dictadura. Además de su vigencia literaria, debe mencionarse el papel que desempeñó en la fundación de la modernidad literaria en México como promotor de publicaciones, grupos y empresas, y sus reflexiones agudas como crítico literario. Para acercarse a este personaje comple-

jo que animó la vida intelectual en México por décadas, son indispensables las obras *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, de Claude Dumas (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986) y *Don Justo Sierra: su vida, sus ideas y su obra*, de Agustín Yáñez, editado en 1962 por la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1948 la UNAM publicó las *Obras completas* de Sierra en quince tomos, reeditadas en 1977.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo

Jiménez Aguirre • Elif Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN


Andrea Jiménez

PORTADA

Andrea Jiménez

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



Confesiones de un pianista se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 29 de agosto de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de BRAULIO AGUILAR. La edición estuvo al cuidado de LAURA AGUILA y JOSHUA CÓRDOVA.